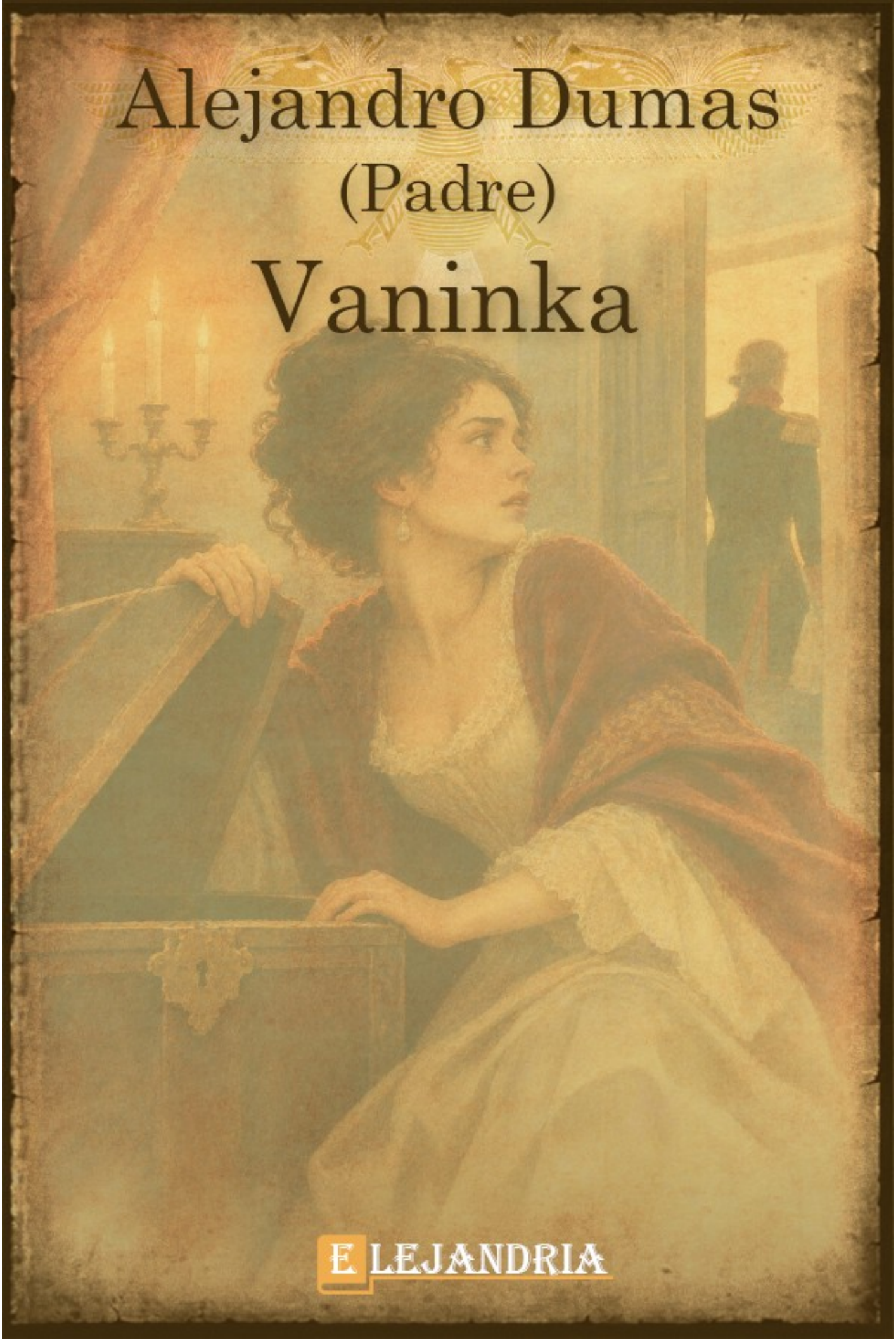
Alejandro Dumas
(Padre)

Vaninka



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Vaninka

Alejandro Dumas

Publicado: 1840
Fuente: archive.org
Traducción: Traducción anónima («La taberna encarnada»)
Edición original: Madrid, Galería del Orden, s. XIX

Índice

1. Vaninka
    1. Nota de la edición
    2. Vaninka

Guide

1. Vaninka

VANINKA

Nota de la edición

Vaninka es uno de los relatos de los *Crímenes célebres* (*Crimes célèbres*, 1839-1840) de Alejandro Dumas, ambientado en el San Petersburgo del zar Pablo I. Esta edición digital reproduce la traducción española anónima publicada con el título «La taberna encarnada» en la colección *Galería del Orden* (s. XIX), según el ejemplar digitalizado por Google Books, encuadernado junto a *El caballero de Casa-Roja* (Madrid, Mellado, 1848). Al ejemplar le falta el final de una página; ese pasaje se ha traducido para esta edición y va señalado en nota.

Se ha modernizado la ortografía (acentuación, grafías y signos de apertura de interrogación y exclamación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, y se han corregido las erratas evidentes de imprenta.

Vaninka

La taberna encarnada

A fines del reinado del emperador Pablo I, es decir, hacia mediados del año primero del siglo XIX, como acabasen de dar las cuatro de la tarde en la iglesia de San Pedro y San Pablo, cuya flecha de oro domina las murallas de la fortaleza, comenzó a formarse un concurso muy numeroso de personas de todas clases enfrente de la casa del general conde Tchermayloff, excomandante militar de una ciudad bastante considerable, situada en el gobierno de Pultava. Lo que había dado ocasión a los primeros curiosos para pararse allí, eran los preparativos que habían visto hacer en medio del patio, para el suplicio del *knout* que debía sufrir un esclavo del general que ejercía las funciones de su barbero. Aunque este género de castigo es una cosa bastante común en San Petersburgo, no deja por eso de llamar la atención de casi todos cuantos pasan por la calle o frente la casa donde se ejecuta, si se hace públicamente. Esto es precisamente lo que había sucedido en esta ocasión y motivado la reunión, como hemos dicho, delante de la casa del general Tchermayloff.

Por lo demás, por prisa que tuviesen los espectadores, no habían tenido razón para quejarse de la tardanza, porque serían las cuatro y media cuando llegó un joven de veinticuatro a veintiséis años, vestido con elegante uniforme de edecán, y cubierto su pecho de condecoraciones, se presentó sobre la pequeña gradería que estaba elevada en el fondo del patio, delante del cuerpo del edificio que daba su frente a la puerta principal, y por donde se entraba a las habitaciones del gene-

ral. Luego que llegó, se detuvo un instante, fijó su vista sobre una ventana, cuyas cortinas herméticamente corridas no le dejaban el menor medio para satisfacer su curiosidad, cualquiera que fuese su objeto, y después, conociendo la inutilidad de perder su tiempo en mirar de este lado, hizo una señal con la mano a un hombre barbudo que estaba en pie cerca de una puerta que comunicaba a las habitaciones reservadas para los criados; en el momento se abrió la puerta, y se vio adelantarse en medio de los esclavos, que tenían que asistir por fuerza a este espectáculo para que les sirviese de ejemplo, el culpable que iba a recibir el castigo de su falta, y detrás de él el ejecutor. Este paciente era, como hemos dicho, el barbero del general; el ejecutor era simplemente el cochero, a quien la costumbre de manejar el látigo elevaba, o bajaba, si se quiere, cuando había una de estas ejecuciones, a las funciones de verdugo; funciones que, por lo demás, no le hacían perder en la estimación, ni aun en la amistad de sus camaradas, porque estaban bien convencidos que no tenía parte en aquel suplicio el corazón de Ivan, sino su brazo solo: y como este, igualmente que el resto de su cuerpo, era propiedad del general, que en su virtud tenía el derecho de hacer de él lo que mejor le pareciese, no se extrañaban de que le destinasen a este empleo. Concurría aún otra circunstancia, y es que la corrección aplicada por Ivan era casi siempre más suave que si viniese de otra mano. Es verdad que la primer hora que seguía a la ejecución, el dolor absorbía todas estas consideraciones, lo que daba lugar algunas veces a que el ejecutado no fuese justo con el ejecutor; pero bien pocas sucedía que no desapareciese esta prevención en la misma tarde, y que el rencor no amainase bebiendo el verdugo un vaso de aguardiente a la salud del paciente.

La persona sobre quien Ivan tenía esta vez que ejercer su habilidad, era un hombre de treinta y cinco a treinta y seis años, de cabellos y barba roja, de una estatura más que mediana, y cuyo origen griego se podía reconocer en la expresión de sus miradas, que, aunque manifestaban el miedo, habían conservado sin embargo, si así puede decirse, su carácter

habitual de sutileza y astucia, encubierto en esta expresión momentánea. Habiendo llegado cerca del sitio de la ejecución, se paró el paciente, dirigió una mirada hacia la misma ventana donde se había fijado la atención del joven edecán, la cual permanecía siempre herméticamente cerrada; después, recorriendo con su vista el gentío que obstruía la entrada de la calle, concluyó por fijarla, con un doloroso temblor de hombros, sobre la tabla donde debía tenderse. No se escapó este movimiento a su amigo Ivan, quien aproximándose a él para sacarle la camisa de tela rayada, aprovechó esta ocasión para decirle en voz baja:

—Vamos, Gregorio, ánimo.

—Tú sabes lo que me has prometido, respondió el paciente con una expresión de súplica difícil de definir.

—Pero no en los primeros golpes, Gregorio; no cuentes entonces con ello; durante estos, estará mirando el edecán; pero en los últimos, no tengas cuidado, ya hallaremos el medio de escamotear alguna cosa.

—Sobre todo, ten cuidado con la punta del látigo.

—Lo haré lo mejor que pueda, ¿no me conoces?

—¡Ay de mí! sí, respondió Gregorio.

—¡Y bien! dijo el edecán.

—He aquí, noble señor, ya vamos a empezar, respondió Ivan.

—Aguardad, aguardad, vuestra elevada estirpe, exclamó el pobre Gregorio, dando al joven capitán para lisonjearle el título de *ache vousso Korodie*, con el cual se designa a los coroneles; me parece que se abre la ventana de la señora Vaninka.

El joven capitán dirigió vivamente la vista hacia el lugar que, como ya hemos dicho, había llamado muchas veces su atención; pero no se había movido un solo pliegue de las cortinas de seda que se percibían a través de los cristales.

—Te engañas, bellaco; dijo el edecán separando lentamente la vista de la ventana, como esperando también verla abierta, te engañas; y además, ¿qué tiene que ver tu noble ama con todo esto?

—Perdone V. E., continuó Gregorio, gratificando con un nuevo grado al edecán; pero es que… Como es ella la causa de que yo vaya a recibir… podría ser que se apiadase de un pobre criado… y…

—Basta, dijo el capitán con un acento extraño, como si él fuese también del parecer del paciente, y sintiendo que Vaninka no hubiese hecho gracia: basta, y despachemos.

—Al momento, noble señor, al momento mismo, dijo Ivan; y luego, volviéndose a Gregorio: vamos, camarada, continuó, he aquí el momento.

Gregorio dio un profundo suspiro, echó por última vez una mirada hacia la ventana, y viendo que por aquella parte todo permanecía en el mismo estado, se decidió por último a tenderse sobre la fatal tabla. Al mismo tiempo, otros dos esclavos elegidos por Ivan para ayudarle, le cogieron las manos, y extendiéndole los brazos le ataron las dos muñecas a dos postes colocados a una distancia que pudiese estar con corta diferencia como en cruz. Le metieron el cuello en una argolla, y viendo que todo estaba dispuesto y que no aparecía ningún signo favorable en la ventana, que seguía cerrada, hizo seña con la mano el joven edecán, diciendo: —Vamos.

—Tenga paciencia vuestra nobleza, tenga paciencia, dijo Ivan, que retardaba aún la ejecución, esperando que saliese algún signo de la inexorable ventana, porque tenía un nudo mi *knout*, y si le dejase, tendría Gregorio un derecho para quejarse.

A pesar de la mala gana, o de la torpeza con que Ivan trataba de soltar su nudo, le fue preciso acabar esta operación; además, los espectadores comenzaban ya a murmurar, y como un murmullo hubiese sacado al joven edecán de la dis-

tracción en que parecía sumergido, levantó su cabeza, que parecía inclinada hacia el pecho, echó una última ojeada hacia la ventana, y viendo que no había de este lado ningún anuncio de misericordia, se volvió de nuevo al cochero, y con un signo más imperioso, y un acento que no admitía dilación, le ordenó que comenzase la ejecución.

No quedaba ya medio alguno; Ivan debía obedecer; y por lo mismo no trató de ensayar nuevos pretextos: echándose dos pasos atrás para tomar arranque, volvió al mismo punto, se levantó sobre la punta de los pies, enarboló su *knout* sobre su cabeza, y bajándola de repente, sacudió con él a Gregorio con tal destreza, que el látigo dio tres vueltas al cuerpo de la víctima, enroscándose como una serpiente, y fue a dar con la punta a la parte inferior de la tabla sobre la que estaba tendido; pero a pesar de esta precaución, Gregorio lanzó un grito, e Ivan contó *uno*.

A este grito, el joven edecán se había vuelto hacia la ventana; pero estaba cerrada, y volvió maquinalmente la vista sobre el paciente repitiendo: *uno*.

El *knout* había impreso una triple señal azulada sobre las espaldas de Gregorio.

Ivan volvió a tomar vuelo, y con igual destreza que la vez primera rodeó de nuevo el tronco del cuerpo del paciente con su silbante látigo, teniendo siempre cuidado que no le tocase la punta. Gregorio lanzó un segundo grito, e Ivan contó *dos*.

Esta vez no salió aún la sangre, pero se agolpó a la piel.

Al tercer latigazo salieron algunas gotas.

Al cuarto comenzó a correr la sangre.

Al quinto salpicaron algunas gotas la cara del joven oficial, que se retiró, sacó su pañuelo y se limpió. Ivan aprovechó esta circunstancia que le había distraído, para contar siete en lugar de seis. El capitán no hizo ninguna observación.

Al noveno, Ivan se interrumpió para cambiar de látigo; y esperando que una segunda superchería tendría tan buen resultado como la primera, contó once en lugar de diez. En este momento se abrió una ventana que estaba enfrente de la de Vaninka. Se presentó en ella un hombre de unos cuarenta y cinco a cuarenta y ocho años, vestido de general, y después con la misma voz con que había dicho: ¡Ánimo, redobla! dijo: *¡Basta, está bien!* y volvió a cerrar la ventana.

En el mismo momento de la aparición, el joven edecán giró hacia el lado de su general, llevando la mano izquierda a la costura de su pantalón y la derecha al sombrero, y permaneciendo inmóvil durante los pocos minutos que duró: luego que se cerró la ventana, repitió las mismas palabras del general, de suerte que el látigo, que estaba ya en el aire, bajó sin tocar al paciente.

—Da las gracias a su alta excelencia, Gregorio, dijo entonces Ivan, enrollando el látigo de su *knout* en el mango, porque te perdona dos golpes; lo cual, añadió bajándose para desatarle una mano, con los dos que yo te he escamoteado, te hace solamente un total de ocho golpes en lugar de doce. ¿Qué hacéis vosotros? desatadle la otra mano.

Empero, el pobre Gregorio no estaba en estado de dar las gracias a nadie; porque el dolor le había desfallecido, y apenas podía sostenerse. Le cogieron dos *mougiks* por debajo de los brazos, y le condujeron, seguido siempre de Ivan, a la habitación de los esclavos. Sin embargo, cuando llegó a la puerta se detuvo, volvió la cabeza, y percibiendo al edecán, cuyos ojos le seguían con un aire de compasión:

—Señor Foedor, le gritó, tenga vd. a bien de dar las gracias en mi nombre a su alta excelencia el general. En cuanto a la señorita Vaninka, añadió en voz baja, me encargo de dárselas yo mismo.

—¿Qué dices tú entre dientes? dijo en un tono colérico el joven oficial, que había creído advertir en la voz de Gregorio un acento amenazador.

—Nada, vuestra nobleza, nada, respondió Ivan; el pobre muchacho os da las gracias, señor Foedor, por la molestia que os habéis tomado presenciando su ejecución, y dice que le habéis hecho un honor en ello: he aquí todo lo que dice.

—Está bien, está bien, dijo el joven, dudando si Ivan había alterado el texto original, pero no queriendo saber evidentemente más; —y si Gregorio no quiere volver a procurarme esta incomodidad, que beba menos aguardiente, o que a lo menos cuando esté borracho se acuerde de tener más respeto.

Ivan hizo un signo de profunda sumisión, y siguió a sus camaradas. Foedor volvió a entrar en el vestíbulo, y el gentío se retiró muy descontento de la mala fe de Ivan y de la generosidad del general que le había hecho la injusticia de perdonar cuatro golpes de *knout*, esto es, la tercera parte de su castigo.

Ahora que hemos dado a conocer a nuestros lectores algunos de los personajes de esta historia, permítasenos ponerles en relación más directa con los que no han hecho más que aparecer, o que quedaron ocultos detrás de las cortinas.

El general conde Tchermayloff, que, como hemos dicho, después de haber sido gobernador de una de las más importantes ciudades de las cercanías de Pultava, había sido llamado a San Petersburgo por el emperador Pablo I, que le honraba con su particular amistad, había quedado viudo con una hija que heredó la fortuna, belleza y orgullo de su madre, la cual pretendía descender en línea recta de uno de los capitanes de esa raza de tártaros que, a las órdenes D'gengis, invadieron la Rusia en el siglo XIII.

Por una fatal casualidad, la educación que la joven Vaninka había recibido, sirvió para aumentar estas disposiciones altaneras. Como el general Tchermayloff no tenía ya a su mujer, y no podía ocuparse él mismo de su hija, le tomó una aya inglesa, que en lugar de combatir las inclinaciones altivas de su educanda, no hizo más que darles nuevo ensanche, fortificando su aristocracia natural con los principios razonados que hacen de la nobleza inglesa la más orgullosa del mundo.

Entre los diferentes estudios a que se había dicado Vaninka, había uno a que se entregó muy particularmente; este era, si así se puede decir, la ciencia de su posición; así es que conocía perfectamente el grado de nobleza y de poder de todas las familias nobles, las que la tenían más esclarecida que la suya, y las que no la igualaban; podía, sin equivocarse, lo que no es sin embargo fácil en Rusia, nombrar a cada uno por el título que le daba el derecho de tomar su rango. Así manifestaba el más alto desprecio por todo lo que era inferior a excelencia. En cuanto a siervos y esclavos, se comprende que con el carácter de Vaninka puede decirse que no tenían para ella una existencia real, pues los consideraba como unos animales barbudos de peor condición que su caballo o su perro; y a buen seguro que no hubiese vacilado un instante entre la vida de un *mougik* y la de uno de estos interesantes animales. Por lo demás, era, como todas las mujeres distinguidas de su nación, una música bastante inteligente, hablaba así mismo el francés, el italiano, el alemán y el inglés.

Las facciones de su rostro se habían desarrollado en armonía con su carácter; resultando de aquí que Vaninka era bella, pero de una belleza tal vez un poco comprimida. En efecto, sus grandes ojos negros, su nariz recta, sus labios levantados en su extremidad por la expresión desdeñosa de su fisonomía, producían desde luego en los que se le aproximaban, una impresión extraña que no se borraba sino delante de sus iguales o superiores, ante quienes volvía a convertirse en una mujer como todas las demás, mientras que con los subalternos era siempre altanera e inabordable como una diosa.

Habiéndose terminado la educación de Vaninka a los diez y siete años de su edad, la maestra, cuya salud se había alterado con el cruel clima de San Petersburgo, pidió su retiro que le fue concedido con aquel reconocimiento faustoso de que ya no quedan más representantes en Europa que los señores rusos. Vaninka se halló entonces sola y sin tener ya por guía en el mundo más que el ciego amor de su padre, de quien, como hemos dicho, era única, y el cual, en su tosca y salvaje admi-

ración por ella, la miraba como un conjunto de todas las perfecciones humanas.

Se hallaban en este estado las cosas en casa del general, cuando recibió una carta que uno de sus amigos de la infancia le dirigía desde el lecho de la muerte. Desterrado en sus tierras a consecuencia de algunas diferencias con Potemkim, el conde Romayloff se había visto cortado en su carrera; y no pudiendo volver a conquistar su favor perdido, se había alejado a cuatrocientas leguas de San Petersburgo, muerto de tristeza, menos tal vez por su propia desgracia que porque esta alcanzaba a su fortuna y al porvenir de su único hijo Foedor. Viendo el conde que iba a dejarle solo y desamparado en el mundo, recomendaba, en nombre de su antigua amistad, este joven al general, deseando que interpusiese el favor que gozaba con Pablo I para conseguirle un empleo de teniente en un regimiento. El general le respondió al momento, que su hijo hallaría en él un segundo padre; pero cuando llegó el mensaje consolador, Romayloff no existía ya, y fue Foedor quien recibió la carta y la llevó al general, viniendo a comunicarle él mismo la pérdida que acababa de sufrir, y a reclamarle la protección prometida: sin embargo, por diligente que hubiera andado, el general estaba ya prevenido, y Pablo I, solicitado por él, había acordado al joven una subtenencia en el regimiento Semenowski; de suerte que Foedor entró en el ejercicio de sus funciones al día siguiente de su llegada.

Aunque este no había hecho más que pasar, por decirlo así, por la casa del general para ir a los cuarteles situados en el barrio de la Litenon, se había detenido lo suficiente para ver a Vaninka, y llevar en su alma un profundo recuerdo de su imagen; además, como Foedor llegaba con el corazón rebosando de pasiones primitivas y generosas, el reconocimiento hacia su protector que le abría una carrera, era profundo, y le parecía que todo cuanto le pertenecía tenía un derecho a su reconocimiento; de suerte que tal vez él exageró la belleza de la que le presentaron como su hermana, y la que, sin consideración alguna a este título, le recibió con la frialdad y el orgullo

de una reina. Por lo demás, esta aparición, por fría y helada que hubiese sido, no había dejado menos recuerdos en el corazón del joven, como ya hemos dicho, y su llegada a San Petersburgo había sido marcada por una impresión nueva, desconocida por él hasta entonces.

En cuanto a Vaninka, apenas había fijado la atención en Foedor: en efecto, ¿qué significaba para ella un joven subteniente sin bienes de fortuna y sin porvenir? En lo que ella soñaba era en una unión con algún príncipe que la hiciese una de las más poderosas señoras de Rusia, y Foedor no podía prometerle tamaña felicidad, a menos que no se operase en obsequio suyo la realidad de algún sueño de las mil y una noches.

Algunos días después de esta primera entrevista, volvió Foedor a despedirse del general; pues su regimiento formaba parte del contingente que pasaba a Italia bajo las órdenes del feld-mariscal Souvarouw, y Foedor iba resuelto a buscar la muerte o a hacerse digno del noble protector que había salido garante de su comportamiento.

En esta ocasión, ya que el elegante uniforme que llevaba hubiese dado algún realce a la natural belleza de Foedor, o ya que en los momentos de la marcha y en la exaltación de su esperanza, le hubiese el entusiasmo coronado de una aureola de poesía, Vaninka, admirada de la maravillosa transformación obrada en él, se dignó acceder a las invitaciones de su padre, alargando la mano a aquel que iba a separarse de ellos. Esto dejaba muy atrás las esperanzas que Foedor se había atrevido a concebir; así, hincando en tierra una rodilla, cual si estuviese ante una reina, y tomando entre sus manos trémulas la de Vaninka, se atrevió apenas a tocarla con sus labios; pero aunque este beso fue ligero, Vaninka se estremeció cual si un hierro ardiendo la hubiese tocado, porque se apoderó un gran temblor de todo su cuerpo, y su cara se cubrió del encarnado más encendido. Así es que retiró su mano con tanta viveza, que temiendo Foedor haberla ofendido con este adiós tan lleno de respeto, permaneció de rodillas, juntó sus manos, y levantó

hacia ella los ojos con una expresión de temor tal, que Vaninka, olvidando su orgullo, le tranquilizó con una sonrisa. Foedor se levantó con el corazón rebosando de indefinible gozo, y sin poder descifrar la causa de él; sin embargo, había una cosa que él comprendía perfectamente, y era que, aunque estaba a punto de dejar a Vaninka, no había sido jamás tan feliz como en este momento.

El joven oficial se ausentó soñando con la dicha, porque su horizonte, estuviese sombrío o despejado, era digno de envidia: si terminaba en una tumba abierta en el campo de batalla, había creído ver en los ojos de Vaninka que sentiría mucho su muerte; y si le abría el camino de la gloria, esta le conducía en un punto a San Petersburgo, y la gloria es una reina que hace milagros por sus favoritos.

El cuerpo de ejército en que iba el joven oficial, atravesó la Alemania, fue a desembocar a Italia por las montañas del Tirol, y entró en Verona el 14 de abril de 1799. Souvarouw se unió al momento al general Mélas, y se encargó del mando de los dos ejércitos.

En la batalla de Cossano, la parte principal del combate estaba concentrada sobre Pozzo; tres veces fue tomado este pueblo, y otras tantas veces desalojado, hasta que por último atacados la cuarta vez los franceses por dobles fuerzas, se vieron obligados a evacuarle. En este último ataque fue herido mortalmente un coronel austriaco; pero en cambio el general Baker, que mandaba la retaguardia francesa, no habiendo querido retirarse con sus fuerzas, se vio cercado con algunos de los suyos, y después de haberlos visto caer todos sucesivamente a su lado, tuvo que rendir su espada a un joven oficial ruso del regimiento de Semenowski.

Habiendo Souvarouw invitado la misma noche al general Baker a cenar con él, le preguntó quién era el que le había hecho prisionero. Baker le respondió que un joven oficial del regimiento que había sido el primero en apoderarse de Pozzo. Souvarouw preguntó al momento qué regimiento era este, y

se le respondió que el de Semenowski: el general en jefe ordenó entonces que se hiciesen las diligencias necesarias para averiguar el nombre de dicho joven. Un instante después anunciaron al subteniente Foedor Romayloff, el cual venía a entregar a Souvarouw la espada del general Baker. Souvarouw le convidó a comer con él y con su prisionero.

El día siguiente, Foedor escribió a su protector:

«He cumplido mi palabra, soy teniente; y el feld-mariscal Souvarouw me ha propuesto a S. M. Pablo I, para la orden de San Vladimir.»

El 28 de abril, Souvarouw hacía su entrada en Milán, que Moreau acababa de abandonar para retirarse detrás del Tesino.

A las victorias de Cossano sucedieron las de Terebic y de Novi, que tan caras costaron, y dejaron tan debilitado a Souvarouw que no pudo aprovecharse de sus ventajas; además, en los mismos momentos en que el general ruso iba a emprender la marcha, llegó un nuevo plan de campaña enviado por el consejo áulico de Viena. Las potencias aliadas habían decretado la invasión de la Francia, y al designar a cada general el camino que debía tomar para realizar este nuevo plan, habían decidido que Souvarouw entrase en aquel reino por la Suiza, y que el archiduque le cediese sus posiciones replegándose sobre el bajo Rhin.

Foedor había sido herido a la entrada de Nori; pero Souvarouw había cubierto su herida con una segunda condecoración, y el empleo de capitán había apresurado su convalescencia; de suerte que el joven oficial, más feliz aún que satisfecho con el nuevo grado que acababa de ganar, se halló en estado de seguir al ejército en el movimiento que prosiguió el 18 de septiembre en dirección de Salvedra, comenzando a penetrar con su general en el valle del Tesino.

Hasta entonces todo había ido bien, y mientras había permanecido en las fértiles y bellas llanuras de la Italia, Souva-

rouw no tenía más que motivos para alabar el valor y adhesión de sus soldados; pero luego que a los fértiles campos de la Lombardía, bañados por tantos hermosos ríos de dulce nombre, vieron suceder los ásperos caminos de la Levantina, y elevadas delante de ellos las soberbias cimas del San Gothard, el entusiasmo entonces se apagó, desapareció la energía, y el corazón de estos salvajes hijos del Norte quedó dominado por sombríos presentimientos.

Comenzaron a oírse por todas las filas murmullos inesperados; en seguida la vanguardia hizo alto repentinamente, declarando que no quería pasar adelante. En vano Foedor, que mandaba una compañía, rogó, suplicó a sus soldados que se separasen de sus camaradas y diesen un buen ejemplo marchando los primeros: los soldados de Foedor echaron armas a tierra, y se tendieron al lado de ellos. En el momento en que pasaba este acto de insubordinación, se levantaron en la cola del ejército nuevos murmullos que se aproximaban cual una tempestad. Era Souvarouw que pasaba de la retaguardia a la vanguardia, y que llegaba acompañado de estas demostraciones de motín e insubordinación, que su presencia excitaba en toda la línea, según iba pasando. Cuando llegó a la cabeza de la columna, los murmullos se convirtieron en imprecaciones.

Souvarouw se dirigió entonces a sus soldados con aquella elocuencia salvaje con que tantos milagros había hecho; pero las voces de *¡retirada! ¡retirada!* no dejaron oír su voz. Entonces hizo coger a los principales del motín, y mandó darles palos hasta que sucumbiesen bajo este vergonzoso suplicio; pero los castigos fueron tan infructuosos como las exhortaciones, y continuaron los gritos. Souvarouw conoció que todo estaba perdido si no se valía de algún medio poderoso y extraordinario para apaciguar a los facciosos. Se avanzó hacia Foedor.

—Capitán, le dijo, dejad a esos tunantes: tomad ocho suboficiales y abrid una zanja.

Foedor quedó lleno de admiración mirando a su general, como en ademán de pedirle la explicación de tan extraña orden.

—Haced lo que os he mandado, dijo Souvarouw.

Foedor obedeció, y los ocho suboficiales pusieron manos a la obra. Al cabo de diez minutos estaba abierta la zanja, con gran asombro de todo el ejército que se había reunido en semicírculo, colocándose encima de las dos montañas que lindan con el camino, como si estuvieran en las gradas de un vasto anfiteatro.

Souvarouw echó pie a tierra, rompió su espada y la arrojó en la zanja; se arrancó las charreteras e hizo lo mismo con ellas; se quitó todas las condecoraciones que cubrían su pecho, y las arrojó con la espada y las charreteras; y por último, habiéndose desnudado, se echó él mismo a su vez gritando: ¡cubridme de tierra, dejad aquí a vuestro general! Vosotros no sois ya mis hijos, ni yo soy ya vuestro padre: no me queda otro consuelo que la muerte.

A estas extrañas palabras, pronunciadas con una voz tan fuerte que fueron oídas por todo el ejército, los granaderos rusos se arrojaron a la zanja llorando, y sacaron al general entre sus brazos pidiéndole perdón, y suplicándole que les condujera al enemigo.

¡En buen hora! exclamó Souvarouw; reconozco en esto a mis hijos. ¡Al enemigo! ¡marchemos al enemigo!

No fueron ya gritos sino una algazara, la que respondió a estas palabras. Souvarouw volvió a vestirse, y mientras lo hacía, los más alborotadores iban arrastrándose por el suelo a besarle los pies. Después cuando concluyó de prender las charreteras sobre sus hombros y volvieron a brillar sus cruces sobre su pecho, montó a caballo seguido del ejército, cuyos soldados juraban a una voz morir hasta el último antes de abandonar a su padre.

Pero comenzaban a nacer las días aciagos, y el vencedor de Cossano, de la Trebia y de Novi, había dejado la fortuna encadenada en las llanuras de Italia.

Obligado Souvarouw a emprender la retirada, lo hizo por los desfiladeros de Engi, de Echewanden, y de Elm, apresurando tanto la marcha, que tuvo que abandonar a los heridos y parte de su artillería. Los franceses se lanzaron al momento en su persecución, alcanzándole unas veces en los precipicios, otras en las cimas de las montañas. Se vieron entonces ejércitos enteros atravesar por donde los mismos cazadores de gamuzas tenían que descalzarse para marchar con los pies desnudos, y apoyándose con las manos para no caer: tres pueblos, salidos de tres diferentes puntos, se habían citado para reunirse más arriba de la morada de las águilas, como si quisieran acercarse más a Dios para hacerle juez de la justicia de su causa. Hubo momentos en que estas heladas montañas se convirtieron en volcanes, en que las cascadas caían ensangrentadas en el valle, y en que algunos grupos de hombres iban rodando hasta el más profundo precipicio: en tales términos, que la muerte segó tantas vidas, en aquellos sitios a donde la vida no había osado jamás llegar, que los buitres comenzaron a desdeñar la carnaza por su mucha abundancia, no tomando según la tradición de los habitantes de estas montañas, más que los ojos de los cadáveres para llevárselos a sus hijuelos.

Souvarouw pudo llegar, por último, a reunir sus tropas en los alrededores de Lindeau, y mandó que se le uniera Korsakoff; pero todas estas tropas reunidas no formaban más que un total de 30 000 hombres, resto de los 80 000 con que Pablo I había contribuido por su contingente en la coalición; pues que en el espacio de quince días, tres cuerpos de ejército, cada uno de ellos mayor que el de Massena, habían sido batidos por este ejército. Así Souvarouw, furioso porque había sido derrotado por los mismos republicanos, cuyo exterminio él había anunciado de antemano, echó la culpa de su derrota a los austriacos, y declaró que no emprendería ninguna opera-

ción por la liga, sin recibir antes las órdenes del emperador, a quien acababa de dar parte de la traición de sus aliados.

Pablo I le respondió que mandase a sus tropas emprender el camino de Rusia, y que volviese él mismo lo más pronto posible a San Petersburgo, en donde le estaba aguardando una entrada triunfal; se añadía en el mismo *ukase* que Souvarouw sería alojado por el resto de su vida en el palacio imperial, y que se le erigiría un monumento en una de las plazas públicas de San Petersburgo.

Foedor por consiguiente iba a ver otra vez a Vaninka. Por todas partes en donde se había presentado un peligro, en las llanuras de Italia, como en las gargantas del Tesino, y sobre los hielos del monte Pragel, había sido uno de los primeros en arrojarse a él, y entre los nombres que se citaban como dignos de recompensa, se hallaba siempre el suyo; y Souvarouw era demasiado valiente él mismo para prodigar semejantes honores a quienes no los tenían bien merecidos; así volvía, como había prometido, digno del interés de su noble protector, y ¿quién sabe si tal vez del amor de Vaninka? Además, el mariscal le había favorecido con su amistad, y nadie podía saber hasta dónde podría conducirle la amistad de Souvarouw, a quien Pablo I honraba como a un guerrero antiguo.

Pero nadie podía descansar en Pablo I, cuyo carácter se componía de movimientos extremos; así sin haber hecho nada que le hiciese desmerecer para con su señor, sin saber de dónde le venía esta desgracia, Souvarouw recibió, al llegar a Riga, una carta del consejero privado que le manifestaba, en nombre del emperador, que este le despojaba de todos sus honores, y le prohibía presentarse ante él, por haber tolerado a sus soldados una infracción de las leyes de la disciplina.

Una tal noticia, fue un rayo que cayó sobre el antiguo guerrero, ulcerado ya por los reveses que acababa de sufrir, y que semejantes a las tempestades de la tarde, venían a acompañar un magnífico día. En su consecuencia, reunió a todos sus oficiales en la plaza de Riga, se despidió de ellos llorando cual

un padre que se separa de su familia, luego abrazando a los generales y coroneles, dando la mano a los demás, les dijo por última vez adiós, dejándoles en libertad de seguir, sin él, su destino: se metió en un trineo, y caminando día y noche llegó incógnito a la misma capital donde debía entrar en triunfo: mandó que le condujesen a un barrio distante a la casa de una sobrina suya, donde murió a los quince días despedazado su corazón de dolor.

Foedor, por su parte, había marchado con la misma diligencia que su mariscal, y entrado como él en San Petersburgo sin enviar antes una carta ni anunciar su llegada. Como no tenía ningún pariente en la capital, y además su vida estaba toda concentrada en una sola persona, mandó que le condujesen en derechura, a la perspectiva de Ninwski, cuyo ángulo formaba la casa del general, situada a orillas del canal Catalisia. Así que llegó, saltó del carruaje, se lanzó en el patio, subió a saltos la gradería, abrió la puerta de la antesala y se presentó inesperadamente en medio de los criados y oficiales inferiores, quienes dieron un grito de sorpresa al verle, y preguntó por el general: le respondieron señalándole la puerta del comedor, en donde estaba desayunándose con su hija.

En este momento Foedor, por una reacción extraña, sintió que le flaqueaban las piernas y se apoyó contra la pared por no caerse, en el momento de ver a Vaninka, a esta alma de su alma por quien únicamente había hecho tantas proezas: se estremeció pensando en no hallarla cual la había dejado. Pero en este instante se abrió la puerta del comedor y se presentó Vaninka. Al ver al joven, dio un grito, y volviéndose hacia el general:

—Padre mío, es Foedor, le dijo con aquella expresión instantánea que no da lugar al que la oye a que se engañe sobre el sentimiento que la ha inspirado.

—¡Foedor! exclamó el general arrojándose a él con los brazos abiertos. Foedor era aguardado a los pies de Vaninka, o sobre el corazón de su padre; comprendió bien que debía tri-

butar los primeros momentos al respeto y al reconocimiento, y se precipitó en los brazos del general: el obrar de otra manera sería confesar su amor: y ¿tenía el derecho para hacer esta confesión antes de saber si era correspondido?

Después se volvió, y lo mismo que hizo cuando se había despedido, hincó en tierra una rodilla delante de Vaninka: pero bastó un solo momento a la altiva joven para hacer refluir a lo más recóndito de su corazón los sentimientos que había experimentado; el vivo encarnado, que había pasado sobre su cara, cual una llama, desapareció y se convirtió otra vez en la fría y altiva estatua de alabastro, obra de orgullo comenzada por la naturaleza y acabada por la educación. Foedor besó su mano, la cual estaba temblando, pero helada: Foedor sintió que le faltaba el corazón y creyó que iba a morir.

—¡Y bien! Vaninka, dijo el general, ¿por qué estás tan fría con un amigo que nos ha causado tanto miedo y alegría a la vez? Vamos, Foedor, abraza a mi hija.

Foedor se levantó con un aire de súplica, pero permaneció inmóvil, aguardando a que el permiso de otra persona viniese a confirmar el del general.

—¿No habéis oído a mi padre? dijo Vaninka sonriéndose, pero sin tener bastante poder sobre sí misma para ahogar la emoción que vibraba en el fondo de su voz.

Foedor tocó con sus labios las mejillas de Vaninka, y como al mismo tiempo él tenía cogida su mano, le pareció que por un movimiento nervioso e independiente de su voluntad, esta mano había apretado ligeramente la suya: estuvo para escapársele una débil exclamación de gozo, cuando dirigiendo la vista a Vaninka, quedó a su vez lleno de espanto viendo su palidez: sus labios, sobre todo, estaban blancos cual si estuviese muerta.

El general mandó a Foedor sentarse a la mesa, Vaninka volvió a ocupar su asiento, y como la casualidad hiciese que daba

espaldas a la luz, no pudo percibir nada el general, que no tenía sospecha alguna.

El tiempo del desayuno se pasó, como es de suponer, en hacer y escuchar la relación de la campaña extraña que había comenzado bajo el ardiente sol de la Italia, y concluido en las heladas montañas de Suiza. Como en San Petersburgo no hay periódicos que digan más que lo que permite su emperador, se habían sabido las historias de Souvarouw, pero ignoraban sus reveses: Foedor refirió aquellas con modestia y estos con franqueza.

Es fácil adivinar el grande interés que el general tenía en semejante relación hecha por Foedor: sus dos charreteras de capitán y su pecho cubierto de condecoraciones, probaban bien que el joven daba una clara idea de su humanidad, no haciendo mérito de sí propio en la narración que acababa de hacer; pero demasiado generoso el capitán para temer participar de la desgracia de Souvarouw, había hecho ya una visita al feldmariscal en sus últimos momentos, del cual había sabido el valor con que se había conducido su joven protegido. Cuando este hubo acabado su relación, tomó la palabra el general para enumerar todas las buenas acciones de Foedor en una campaña de menos de un año, y concluyó añadiendo que el día siguiente iría a pedir al emperador que le permitiese tomarle por su edecán. Al oír esto Foedor quiso arrojarse a los pies del general, pero este le recibió segunda vez en sus brazos, y para darle una prueba de la seguridad que tenía de obtener esta gracia, lo dirigió el mismo día al aposento que debía ocupar en su casa.

Efectivamente, al día siguiente volvió el general del palacio de S. Miguel, anunciando la feliz nueva de la concesión de su demanda.

Foedor se hallaba en el colmo de la alegría: desde este momento era comensal del general, esperando llegar a ser parte de su familia. Vivir bajo el mismo techo que Vaninka, verla a todas horas, encontrarla a cada paso en su aposento, verla

atravesar por un pasadizo cual una aparición, hallarse con ella en la misma mesa dos veces cada día, era más de lo que Foedor había esperado jamás; así es que desde luego creyó que no necesitaba más para ser feliz.

Por su parte Vaninka, por soberbia que fuese, había sentido en el fondo de su corazón un vivo interés por Foedor; además de este había marchado dejándole pruebas evidentes de que la amaba, y durante su ausencia se había alimentado su orgullo de mujer con la gloria de que el joven oficial se cubría, esperando que se estrecharía la distancia que los separaba: de suerte que habiéndolo visto volver con una parte de esta distancia recorrida, había sentido en los latidos de su corazón que su orgullo satisfecho se acababa de cambiar en un sentimiento más tierno, y que por su parte amaba a Foedor cuanto le era posible amar. No había ocultado menos por eso sus sentimientos bajo la capa de la frialdad, porque tal era su carácter: deseaba poder decir un día a Foedor que le amaba, pero precisamente el día que le agradase decírselo, no quería que él adivinase que era amado.

Quedaron así las cosas durante algunos meses, y este estado, que había parecido a Foedor el colmo de la felicidad, comenzó bien pronto a parecerle un terrible suplicio. En efecto, sentir su corazón siempre a punto de hacer rebosar el amor, estar desde la mañana a la noche, en presencia de la que uno ama, en la mesa encontrar su mano, sentir en un estrecho pasadizo el roce de sus vestidos, a la entrada en un salón o a la salida de un baile apoyarse a su brazo, y verse obligado a reprimir su semblante para no dejar traslucir ninguna emoción de su corazón, es una lucha que no puede ser soportada por voluntad humana. Así Vaninka vio que Foedor no tendría fuerzas suficientes para guardar por mucho tiempo el secreto de su corazón, y resolvió salir al encuentro de una confesión que veía sin cesar a punto de escapársele.

Un día que se hallaban solos, y que ella notaba los esfuerzos inútiles que el joven hacía para ocultarle sus sentimientos, se dirigió a él, mirándole fijamente.

—Vos me amáis, Foedor, le dice.

—¡Perdón! ¡Perdón! exclamó el joven juntando las manos.

—¿Por qué pedirme perdón, Foedor? ¿Vuestro amor no es puro?

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! mi amor es puro, y lo es tanto más cuanto que es un amor sin esperanza.

—Y ¿por qué sin esperanza, preguntó Vaninka? ¿mi padre no os ama como si fuerais su hijo?

—¡Oh! ¿qué es lo que me decís? exclamó Foedor. ¡cómo! ¿si vuestro padre me concediese vuestra mano, consentiríais vos…?

—¿No sois noble de corazón y de nacimiento, Foedor? No tenéis bienes de fortuna, es verdad; pero yo tengo los suficientes para ambos.

—¿Entonces según eso, no os soy indiferente?

—A lo menos os prefiero a cuantos he visto.

—¡Vaninka!

La joven hizo un movimiento de orgullo.

—¡Perdón! añadió Foedor: ¿qué es lo que yo debo hacer? mandad: yo no tengo voluntad en presencia vuestra, temo que cada uno de mis sentimientos pueda ofenderos: sed mi guía, yo os obedeceré.

—Lo que tenéis que hacer, Foedor, es ir a pedir a mi padre su consentimiento.

—Luego, ¿vos me autorizáis a dar este paso?

—Sí, pero con una condición.

—Y ¿cuál es? ¡Oh! hablad, hablad.

—Es que cualquiera que sea su respuesta, no llegue a saber nunca mi padre que os presentáis a él autorizado por mí; es que nadie sepa que seguís las instrucciones que os doy; es

que todo el mundo ignore la confesión que acabo de haceros; es por último que, suceda lo que sucediese, no me exigiréis el que os ayude más que con mis votos.

—Todo cuanto queráis, exclamó Foedor. ¡Oh! sí, yo haré cuanto me ordenáreis. ¿No me concedéis mil veces más de lo que me atrevía a esperar? y aunque vuestro padre me rehusase, ¿no sabría yo que tomabais parte en mi dolor?

—Sí; pero no sucederá así, yo lo espero, dijo Vaninka alargando una mano al joven oficial, que la besó ardientemente.

—Así pues, esperanza y ánimo.

Vaninka salió, dejando al joven oficial cien veces más temblando y conmovido que ella, a pesar de ser mujer.

El mismo día, Foedor pidió hablar al general.

Este recibió a su edecán, como tenía de costumbre, con un semblante franco y risueño; pero a las primeras palabras que pronunció Foedor, se puso sombrío. Sin embargo, a la pintura de aquel amor tan verdadero, tan constante y apasionado que el joven sentía por su hija; cuando le dijo que aquel amor era el único móvil de las acciones gloriosas por las que él le había elogiado tan frecuentemente, el general le alargó la mano, y casi tan conmovido como él, le dijo que durante su ausencia ignorando el amor que alimentaba en su corazón, del cual no había percibido ninguna señal en Vaninka, había empeñado su palabra, invitado por el emperador, con un hijo del consejero privado. La única cosa que el general había exigido, era el no separarse de su hija hasta que esta llegase a la edad de diez y ocho años; Vaninka, por consiguiente, no debía permanecer ya más que cinco meses bajo el techo paterno.

Esta manifestación no tenía réplica. En Rusia un deseo del emperador es una orden, y en el momento que es manifestado, ninguno tiene siquiera la idea de combatirle. Sin embargo, esta repulsa había impreso sobre el rostro del joven una desesperación tal, que el general conmovido, al ver su pena silenciosa y resignada, le tendió los brazos. Foedor se precipitó

en ellos prorrumpiendo en sollozos: entonces el general le hizo algunas preguntas sobre su hija; pero Foedor respondió, según lo había prometido, que Vaninka lo ignoraba todo, y que este paso lo había él dado por sí propio. Esta seguridad calmó un poco al general, que había temido hacer dos desgraciados a un mismo tiempo.

A la hora de comer, Vaninka bajó y halló a su padre solo. Foedor no había tenido valor para asistir y hallarse en presencia del general y de su hija en el momento que acababa de perder todas sus esperanzas; había tomado un trineo y mandado conducirle a los alrededores de la ciudad. Durante todo el tiempo de la comida, apenas se hablaron una palabra el general y Vaninka; pero por expresivo que fuese este silencio, Vaninka supo dominar su fisonomía con su poder habitual, y solo el general estuvo triste y abatido.

Por la noche, cuando iba a bajar para tomar el té, se lo llevaron a su cuarto diciéndole que el general se había sentido fatigado, y que se había retirado a su aposento. Vaninka hizo algunas preguntas sobre la naturaleza de su indisposición: luego, habiendo sabido que no ofrecía ningún síntoma alarmante, encargó al ayuda de cámara que le traía la noticia, que presentase a su padre la expresión de su respeto: mandole que le dijese estaba a sus órdenes si tenía necesidad de alguna persona o de alguna cosa: el general respondió a su hija, que le daba las gracias, pero que no necesitaba por entonces más que de soledad y reposo. Vaninka dijo que por su parte iba también a encerrarse en su cuarto, y el ayuda de cámara se retiró. Apenas había este salido, cuando Vaninka dio orden a Annouschka, su hermana de leche, que desempeñaba a su lado las funciones de doncella, de estar acechando la vuelta de Foedor y de volver a advertirla tan luego como le viese entrar.

A las once de la noche se volvieron a abrir las puertas del palacio. Foedor bajó de su trineo y subió en seguida a su habitación, en donde se tiró sobre un diván abrumado bajo el peso de sus propios pensamientos: a media noche sintió lla-

mar a su puerta; se levantó admirado y abrió; era Annouschka que iba a decirle de parte de su señora que pasase inmediatamente a su habitación. Aunque extrañaba completamente este mensaje, que él estaba muy lejos de esperar, Foedor obedeció.

Halló a Vaninka sentada y vestida de blanco; y como estuviese aún más pálida que de costumbre, Foedor se detuvo a la puerta, porque le parecía haber visto a una estatua completamente preparada para un túmulo.

—Venid, dijo Vaninka con una voz en la cual era imposible percibir ninguna emoción. Foedor se aproximó atraído por esta voz, como el hierro por el imán. Annouschka, luego que él entró, cerró la puerta.

—¡Y bien! dijo Vaninka, ¿qué os ha respondido mi padre?

Foedor le contó todo lo que había pasado: la joven escuchó esta relación con un semblante impasible; solo sus labios, única parte de su rostro en donde podría reconocerse la presencia de la sangre, se quedaron blancos como el peinador que le cubría. Foedor, por el contrario, estaba devorado por la calentura, y parecía casi insensato.

—Al presente, ¿cuál es vuestra intención? dijo Vaninka con la misma voz helada que había hecho las otras preguntas.

—¡Me preguntáis cuál es mi intención, Vaninka! ¿Qué queréis que yo haga, o qué me queda que hacer, si no es, para no pagar las bondades de mi protector con alguna infame bajeza, huir de San Petersburgo o ir a buscar la muerte en el primer rincón de la Rusia en donde estalle una guerra.

—Sois un loco: dijo Vaninka con una sonrisa en que se echaba de ver una singular mezcla de triunfo y de desprecio, porque en este momento conocía ella su superioridad sobre Foedor, y comprendía que iba a dirigir como reina el resto de su vida.

—Entonces, exclamó el joven oficial, guiadme, mandad: ¿no soy vuestro esclavo?

—Es preciso quedarse, dijo Vaninka.

—¡Quedarse!

—Sí, solo es propio de una mujer o de un niño el confesarse así vencido al primer golpe; un hombre, si es verdaderamente digno de este nombre, lucha.

—¡Luchar! ¿y contra quién? ¿contra vuestro padre? jamás…

—¿Quién os habla de luchar contra mi padre? a quien es preciso hacer frente es a los acontecimientos, porque el común de los hombres no dirige los acontecimientos, sino que se deja arrastrar por ellos. Presentaos delante de mi padre con el aire de combatir vuestro amor: que él crea que habéis conseguido dominarle; como, en cuanto a mí, piensa que estoy ignorante del paso que habéis dado, no tendrá ninguna desconfianza; yo le pediré dos años de espera, y los obtendré. ¿Quién sabe los acontecimientos que puede haber durante estos dos años? El emperador puede morir, lo puede también el que me destinan por esposo, mi padre mismo. ¡Que Dios proteja su vida! ¡Mi padre mismo puede morir…!

—¿Pero si exigen de vos…?

—¡Si exigen de mí…! interrumpió Vaninka, y una viva llama se presentó en sus mejillas para desaparecer en el acto; ¿y quién exigiría de mí ninguna cosa? Mi padre me ama demasiado para hacerlo; el emperador tiene en su misma familia bastantes motivos de inquietud para no ir a turbar la de los otros: además, siempre me quedará un último recurso, cuando todos se hayan agotado: el Newa corre a trescientos pasos de aquí, y sus aguas son muy profundas.

Foedor lanzó un grito; porque había en el fruncimiento de la frente y en los labios apretados de la joven un aire tal de resolución, que comprendió bien que sería posible hacer pedazos a esta hija, pero no el hacerla someterse.

Sin embargo, el corazón de Foedor estaba en demasiada armonía con el plan que proponía a Vaninka, para que, satisfechas sus objeciones, le suscitase otras nuevas. Por otra parte,

aunque hubiese tenido ánimo para ello, la promesa que le hizo Vaninka de pagarle en secreto el sacrificio del disimulo que tenía que observar en público, habría vencido sus últimos escrúpulos. Además, Vaninka, por su carácter resuelto y por su educación en armonía con su genio, tenía, es menester decirlo, sobre cuanto la rodeaba, y aun sobre el mismo general, una influencia a la cual todos se sometían sin preguntar el por qué. Foedor suscribió pues, como un niño, a cuanto ella le proponía, y el amor de la joven se aumentó con los combates hechos a su voluntad y con la satisfacción de su orgullo.

Era precisamente después de algunos días de esta decisión nocturna acordada en el aposento de Vaninka, cuando se había verificado, por una ligera falta, la ejecución de que hemos hablado a nuestros lectores, y de la cual Gregorio había sido la víctima, por la queja que de él había dado Vaninka a su padre.

Foedor, que como edecán había tenido que presidir el castigo de Gregorio, no hizo atención en las palabras de amenaza que el esclavo había pronunciado al retirarse. El cochero Ivan, después de haber sido verdugo, se había hecho médico, y había aplicado en las espaldas desgarradas del paciente vendas con agua y sal para cicatrizar sus heridas. Gregorio había estado en la enfermería tres días durante los cuales revolvió en su imaginación todos los medios posibles de vengarse; después, habiendo curado al cabo de este tiempo, volvió a sus ocupaciones, y todos, excepto él, olvidaron al momento lo que había pasado; aun hay más, si Gregorio hubiese sido un verdadero ruso, habría también él mismo olvidado muy luego este castigo, demasiado familiar entre los crueles hijos de la Moscovia para guardar un recuerdo largo y rencoroso; pero, como hemos dicho, corría por sus venas sangre griega: disimuló, y no olvidó.

Aunque Gregorio era un esclavo, las funciones que desempeñaba al lado del general le habían ido proporcionando una familiaridad mayor que la que se permitía a los otros criados. Además, en todos los países del mundo sucede que los bar-

beros tienen privilegios grandes con las personas a quienes afeitan: lo cual proviene de que por instinto es uno menos soberbio hacia aquel que tiene todos los días, por espacio de diez minutos, nuestra vida en sus manos. Por lo mismo, Gregorio gozaba de las inmunidades inherentes a su profesión, sucediendo que la sesión cotidiana que el barbero tenía con el general se pasaba siempre en una conversación, de que él hacía todo el gasto.

Un día que el general debía asistir a una revista, había llamado a Gregorio antes de amanecer, y como este le pasaba la navaja por la barba lo más suavemente que le era posible, recayó la conversación, o más bien la hicieron versar sobre Foedor, y el barbero hizo de él el mayor elogio, lo cual movió naturalmente a su señor a preguntarle, recordándose interiormente de la corrección que le había hecho aplicar su joven edecán, si no encontraba en aquel que él presentaba como el modelo de la perfección, algún pequeño defecto que empañase tan grandes y bellas cualidades.

Gregorio respondió que, a excepción del orgullo, creía a Foedor sin una tacha.

—¿El orgullo? preguntó el general admirado; cabalmente es el vicio de que yo le creía más exento.

—Yo debía haber dicho la ambición, respondió Gregorio.

—¿Cómo la ambición? continuó el general; pues me parece que no ha dado pruebas de ambición entrando a mi servicio; porque según los méritos que contrajo en la última campaña, podía fácilmente aspirar a hacer parte de la casa del emperador.

—¡Oh! es que hay ambición y ambición, dijo sonriéndose Gregorio: unos ambicionan un puesto elevado, otros un ilustre enlace: los unos quieren debérselo todo a sí mismos, los otros esperan hacer de su mujer una escala, y entonces ponen los ojos más arriba de lo que debieran.

—¿Qué es lo que tú quieres decir? exclamó el general, que comenzaba a comprender a dónde iba a parar Gregorio.

—Quería decir, excelencia, respondió este, que hay muchas personas a quienes las bondades que se les dispensan animan a olvidarse de su posición para aspirar a otra más elevada, aunque se hallen ya colocadas tan altas que se les trastorne la cabeza.

—¡Gregorio! gritó el general, tú te empeñas en un negocio, créeme, que es muy malo; porque es una acusación que tú haces, y yo la recibo como tal, y será preciso que pruebes lo que acabas de avanzar.

—¡Por San Basilio! general; no hay ningún negocio tan malo de donde no pueda uno salir airoso cuando tiene la verdad de su parte; además, yo no he dicho nada de que no pueda presentar la prueba.

—Así, dijo el general, tú persistes en sostener que Foedor ama a mi hija.

—¡Ah! dijo Gregorio con el doblez propio de su nación, no soy yo quien lo dice, es vuestra excelencia; yo no he nombrado absolutamente a la señorita Vaninka.

—Pero sin embargo, no deja de ser lo mismo que tú has querido decir, ¿no es verdad? Vamos, responde francamente, contra lo que tienes de costumbre.

—Es verdad, eso es lo que he querido decir.

—Y según tú, mi hija corresponde sin duda a este amor.

—Yo lo temo por vos y por ella, excelencia.

—Y ¿quién te hace creer eso? habla.

—Primeramente, el Sr. Foedor aprovecha todas las ocasiones para hablar a la señorita Vaninka.

—Si está en la misma casa, ¿quieres tú que huya de ella?

—Cuando la señorita Vaninka viene tarde, y por casualidad el Sr. Foedor no os ha acompañado, él se encuentra siempre allí, sea la hora que sea, para darle la mano al bajar del coche.

—Foedor me está aguardando como es su deber, dijo el general, que comenzaba a creer que las sospechas del esclavo se fundaban solamente en algunas ligeras apariencias: me está aguardando, continuó, porque a cualquiera hora del día o de la noche que yo entre, puedo tener órdenes que comunicarle.

—No se pasa día que el Sr. Foedor no entre en el aposento de la señorita Vaninka, aunque no es costumbre dispensar semejante favor a un joven en una casa como la de V. E.

—Las más de las veces soy yo quien le envía, dijo el general.

—Por el día, sí, respondió Gregorio, pero… ¿por la noche?

—¡La noche! exclamó el general poniéndose en pie, y quedándose pálido, de tal manera que al cabo de un instante tuvo que apoyarse sobre una mesa.

—Sí, por la noche, V. E., respondió tranquilamente Gregorio, y supuesto que he comenzado, como vos decís, a mezclarme en un mal negocio, ¡bien! echaré el resto: además, aunque tuviese que sufrir un nuevo castigo, y más terrible aún que el que he sufrido, no toleraré que así se engañe por más tiempo a un amo tan bueno.

—Piensa bien en lo que vas a decir, esclavo, porque conozco a los de tu nación: ten entendido que si la acusación que tú haces inspirada por la venganza no está apoyada por pruebas visibles, palpables y positivas, serás castigado como un infame calumniador.

—Consiento en ello, respondió Gregorio.

—¿Y tú sostienes que has visto a Foedor entrar de noche en el cuarto de mi hija?

—Yo no digo que le he visto entrar, excelencia, digo que le he visto salir.

—¿Y cuándo ha sido?

—Hace un cuarto de hora, cuando yo venía al aposento de V. E.

—Tú mientes, dijo el general, levantando el puño sobre el esclavo.

—No consisten en eso mis convicciones, V. E., respondió el esclavo, haciéndose atrás: yo no debo ser castigado sino en el caso de que no presente pruebas.

—Pero tus pruebas, ¿cuales son?

—Ya os lo he dicho.

—¿Y esperas tú que yo te crea bajo tu palabra?

—No; pero espero que creeréis a vuestros ojos.

—¿Y de qué manera?

—La primera vez que Foedor esté en el cuarto de la señorita Vaninka pasada la media noche, vendré yo a buscar a V. E., y entonces podréis juzgar por vos mismo si miento; pero hasta ahora, V. E. todas las condiciones del servicio que os presto son en desventaja mía.

—¿Cómo?

—Sí; si yo no doy las pruebas, debo ser tratado como un infame calumniador, es justo; pero si las doy, ¿cuál será la recompensa?

—Mil rublos y tu libertad.

—Está cerrado el trato, excelencia, respondió tranquilamente Gregorio, colocando las navajas en el tocador del general; y espero que antes de ocho días me haréis más justicia que en este momento.

A estas palabras salió el esclavo, dejando con su tono de seguridad, convencido al general de que le amenazaba una desgracia muy grande.

Desde este momento, el general, como es de suponer, escuchaba todas las palabras, y examinaba todos los ademanes que hacían delante de él Vaninka y Foedor; pero ni por parte del edecán, ni por la de su hija, advirtió nada que pudiese confirmar sus sospechas; por el contrario, le pareció que Vaninka estaba más fría y reservada que nunca.

Ocho días pasaron así; y en la noche del octavo al noveno, serían las dos de la mañana cuando llamaron a la puerta del general: era Gregorio.

—Si V. E. quiere entrar en el cuarto de su hija, dijo Gregorio, hallará en él a Foedor.

El general se puso pálido, se vistió sin proferir una sola palabra, siguió al esclavo hasta la puerta de Vaninka, y habiendo llegado allá, haciendo una seña con la mano, despidió al denunciador, el cual en lugar de retirarse conforme a la orden muda que se le había dado, se ocultó en el ángulo del pasadizo.

Cuando el general se creyó solo, llamó una vez; pero esta vez todo permaneció en silencio. Sin embargo, el silencio no indicaba nada, porque Vaninka podía muy bien estar durmiendo; llamó la segunda vez, y la joven con un tono perfectamente tranquilo, preguntó: —¿Quién llama?

—Soy yo, dijo el general, con voz sumamente conmovida.

—Annouschka, dijo la joven dirigiéndose a su hermana de leche que dormía en el cuarto inmediato, abre a mi padre. Perdone vd. padre mío, continuó; pues Annouschka se está vistiendo, y dentro de un momento es con vd.

El general aguardó con paciencia, porque no había reconocido ninguna emoción en la voz de su hija, y esperaba que Gregorio se hubiese engañado.

Al cabo de un instante se abrió la puerta, y entró el general echando una mirada alrededor de sí; no había nadie en este primer cuarto.

Vaninka estaba acostada, tal vez más pálida que de costumbre, pero en una perfecta calma, y con aquella sonrisa filial con que recibía siempre a su padre.

—¿A qué feliz circunstancia, preguntó la hija con la más dulce voz posible, debo yo la dicha de veros a una hora tan avanzada?

—Quería hablarte de una cosa importante, dijo el general: y cualquiera que sea la hora, he pensando que tú me perdonarías si turbo tu sueño.

—Mi padre será siempre bien recibido en el aposento de su hija, a cualquiera hora del día o de la noche que se presente en él.

El general miró de nuevo en rededor suyo, y todo le confirmó en la idea de que era imposible que estuviese oculto un hombre en el primer cuarto; pero quedaba el segundo.

—Háble me vd., dijo Vaninka, después de un momento de silencio.

—Sí, pero nosotros no estamos solos, respondió el general, y es importante que no llegue a otros oídos lo que voy a decirte.

—Annouschka, vd. lo sabe, es mi hermana de leche, dijo Vaninka.

—No importa, repuso el general, y adelantándose con una bugía en la mano hacia el cuarto del lado, que era aún más pequeño que el de su hija. —Annouschka, dijo, vigila en el pasadizo que nadie nos escuche.

Luego, al pronunciar estas palabras, el general echó la misma mirada investigadora en torno suyo; pero no estaba nadie en el cuarto, a excepción de la pobre muchacha.

Annouschka obedeció: el general salió detrás de ella; y después de haber echado una última mirada alrededor, volvió a entrar en el cuarto de su hija, y se fue a sentar a los pies de su

cama. Annouschka, así que su señora le hizo una señal, la dejó sola con su padre.

El general alargó la mano a Vaninka, y esta le dio la suya sin vacilar.

—Hija mía, dijo el general, tengo que hablarte de una cosa importante.

—¿Cuál es, padre mío? preguntó Vaninka.

—Vas a cumplir diez y ocho años, continuó el general, y esta es la edad en que se suelen casar las jóvenes de la nobleza.

El general hizo una pequeña pausa para examinar la impresión que estas palabras hacían sobre Vaninka; pero su mano permaneció inmóvil en la de su padre.

—Hace un año que he empeñado tu mano, continuó el general.

—¿Puedo saber con quién? preguntó fríamente Vaninka.

—Con un hijo del consejero actual, respondió el general. ¿Qué piensas tú de él?

—Es un digno y noble joven, según lo aseguran, dijo Vaninka, pues yo no puedo tener otra opinión de él que la que le han dado: ¿no hace tres meses que está de guarnición en Moscou?

—Sí, dijo el general; pero debe volver dentro de otros tres.

Vaninka permaneció impasible.

—¿No tienes nada que responderme? preguntó el general.

—No, padre mío; solo tengo una gracia que pediros.

—¿Cuál es?

—No querría casarme hasta tener veinte años.

—¿Y por qué?

—He hecho un voto.

—Pero, ¿si algunas circunstancias hiciesen indispensable la ruptura de ese voto, y urgente la celebración del matrimonio?

—¿Cuales? preguntó Vaninka.

—Foedor te ama, dijo el general, mirando atentamente a Vaninka.

—Lo sé, respondió con la misma impasibilidad que si se tratase de otra cosa que no le concerniese.

—¿Tú lo sabes? exclamó el general.

—Sí, me lo ha dicho él.

—¿Y cuándo?

—Ayer.

—¿Y tú le has respondido…?

—Que era preciso que se alejase.

—¿Y él ha consentido en ello?

—Sí, padre mío.

—¿Cuándo marcha?

—Ya ha marchado.

—Pero, dijo el general, él se separó de mí a las diez.

—Y de mí, a media noche, repuso Vaninka.

—¡Ah! exclamó el general, respirando por la primera vez con desahogo, tú eres una digna hija, Vaninka, y te concedo lo que me pides, es decir, dos años aún. Piensa solamente en que es el emperador quien ha decidido este matrimonio.

—Mi padre me hará la justicia de creer que soy una hija demasiado sumisa para hacer una súbdita rebelde.

—Bien Vaninka, bien, dijo el general. ¿Según eso, el pobre Foedor te lo ha contado todo?

—Sí, repuso Vaninka.

—¿Y has sabido que se dirigió a mí?

—Sí, lo he sabido.

—¡Y se ha decidido a partir! Es un noble y excelente joven; jamás le faltará mi protección. ¡Oh! si yo no hubiese dado mi palabra… le quería tanto, continuó el general, que a no ser por la repugnancia que le manifestaste, a fe de hombre de honor que le hubiera concedido tu mano.

—¿Y vd. no puede retractar su palabra? preguntó Vaninka.

—Imposible, contestó el general.

—Cúmplase entonces lo que deba suceder, repuso Vaninka.

—Así es como debe producirse una hija mía, añadió el general besándola. Adiós, Vaninka. No te preguntaré si le amabas. Uno y otro habéis cumplido con vuestro deber: no tengo nada más que pedir.

En esto se levantó y marchó. Annouschka estaba en el corredor, y el general, haciéndole seña que podía volver a entrar, continuó su camino: a la puerta de su cuarto encontró a Gregorio.

—¡Y bien! Exmo. Sr., le preguntó este.

—¡Y bien! dijo el general: tenías razón y te faltaba a un mismo tiempo: Foedor ama a mi hija, pero esta no le corresponde: ha entrado en su cuarto a las once de la noche y se ha marchado a las doce para no volver jamás. No importa: puedes venir mañana, y te daré los mil rublos y la libertad.

Gregorio se marchó confundido.

Durante este tiempo, Annouschka había vuelto a entrar en el cuarto de su ama, según la orden que había recibido, cuidando en seguida de cerrar bien la puerta. Vaninka saltó al instante de su cama y se acercó a esta puerta para escuchar los pasos del general que se iban alejando; cuando no se oyó nada, se dirigió con precipitación hacia el gabinete de Annouschka, y las dos empezaron a separar el lío de ropa blanca

que habían echado junto a la ventana. Bajo este lío había un baúl de resorte, cuyo botón apretó Annouschka. Vaninka levantó la tapa, y en este instante dieron las dos un gran grito: el cofre no era ya más que un ataúd: el joven oficial había muerto ahogado.

Una y otra conservaron mucho tiempo la esperanza de que solo estaba desmayado. Annouschka le roció el rostro con agua, y Vaninka le dio a oler muchas sales; pero todo fue inútil. Durante la larga conversación del general con su hija, conversación que había durado media hora, no habiendo podido Foedor salir del cofre cuyo resorte estaba echado, había expirado por falta de aire. La posición era terrible: las dos jóvenes estaban encerradas con un cadáver: Annouschka, solo tenía en su imaginación la Siberia; y Vaninka a quien es menester hacer justicia, solo pensaba en Foedor.

Las dos estaban desesperadas.

Sin embargo, como la desesperación de la doncella tenía más dosis de egoísmo que la de su ama, encontró aquella el medio de salir de semejante situación.

—Señorita, exclamó repentinamente, no hay cuidado.

Vaninka levantó la cabeza y miró a su doncella con los ojos bañados en lágrimas.

—¿No hay ya cuidado? dijo. ¿No hay ya cuidado? eso será en cuanto a nosotras; pero ¿y él?

—Escuche vd., señorita, dijo Annouschka: vuestra situación es terrible sin duda, y confieso que vuestra desgracia es grande; pero esta y aquella podrían ser peores aún si el general lo llegase a saber.

—¿Qué importa? dijo Vaninka. Ahora le lloraré a la faz del mundo.

—Sí; pero a la faz del mundo quedará vd. deshonrada. Mañana vuestros esclavos, y pasado mañana todo Petersburgo, sabrán que ha muerto un hombre encerrado en el cuarto de

vd. Piense vd. bien en ello, vuestro honor es el de vuestro padre y el de toda la familia.

—Tienes razón, dijo Vaninka, meneando la cabeza, como queriendo desechar los pensamientos fúnebres que la abrumaban: tienes razón: ¿qué es lo que debemos hacer?

—La señorita conoce a mi hermano Ivan.

—Sí.

—Es menester ponerle en el secreto.

—¿Cómo? exclamó Vaninka, ¡confiarnos a un hombre! ¿qué digo yo a un hombre? ¡a un siervo! ¡a un esclavo!

—Cuanto más bajo sea este siervo, este esclavo, respondió la doncella, tanto más seguras estamos del secreto, pues que ganará mucho reservándolo.

—Tu hermano tiene el vicio de emborracharse, repuso Vaninka, con cierto temor mezclado de repugnancia.

—Es verdad, respondió Annouschka: ¿pero en dónde encontrará vd. un hombre barbudo que no haga otro tanto? Mi hermano se emborracha menos que los demás; por consiguiente, hay menos que temer de su parte que de la de los otros. Además, en la posición en que nos encontramos, es menester arriesgar algo.

—Tienes razón, respondió Vaninka, tomando la resolución que le era habitual, y que la ponía siempre al nivel del riesgo. Ve a buscar a tu hermano.

—Nada podemos hacer hoy por la mañana: dijo Annouschka, descorriendo una de las cortinas de la ventana. Vea vd., está amaneciendo.

—¿Y qué haremos con el cadáver de este desgraciado? exclamó Vaninka.

—Permanecerá oculto donde ha estado, todo el día y toda la noche, y mientras que vd. esté en el teatro de la corte, mi hermano lo sacará de aquí.

—Tienes razón, tienes razón, repuso Vaninka con voz extraña: esta noche voy al teatro, no puedo excusarme: podrían sospechar algo: ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Ayúdeme vd., señorita, yo sola no tengo suficientes fuerzas.

Vaninka se quedó sumamente pálida; pero acosada por el peligro, se dirigió resueltamente al cadáver de su amante; y después de haberlo levantado por los hombros, mientras que su doncella hacía otro tanto por los pies, le volvieron a meter en el cofre. Annouschka echó la tapa, y habiendo echado la llave, se la metió en el pecho. En seguida pusieron encima la ropa blanca que le había ocultado a los ojos del general.

Salió el sol sin que, como es fácil de imaginar, hubiese podido Vaninka pegar los ojos. No por eso dejó de asistir al desayuno, porque no quería infundir la menor sospecha a su padre. Solamente, según su palidez, se hubiera podido creer que salía del sepulcro. El general atribuyó su palidez a la incomodidad que él le había causado.

Felizmente la casualidad había ayudado a Vaninka, inspirándola que Foedor había partido; porque en el caso contrario, no solo hubiera extrañado su ausencia el general, sino que como su ausencia misma servía de justificación a su hija, dio un pretexto a aquella, diciendo que había dado una misión a su edecán. En cuanto a Vaninka, estuvo fuera de su cuarto todo el día, hasta la hora de vestirse. Ocho días antes había estado en el teatro de la corte en compañía de Foedor: acaso hubiera podido excusarse de acompañar a su padre, pretextando una ligera indisposición; pero temía dos cosas: la primera, causar inquietud al autor de sus días, quien acaso hubiera querido quedarse acompañándola, haciendo de este modo más difícil la salida del cadáver; y la segunda, encontrarse cara a cara con Ivan, y tener que avergonzarse delante de un esclavo. Prefirió, pues, hacer un esfuerzo sobrehumano, y subiendo a su cuarto en compañía de su fiel Annouschka, empezó a compo-

nerse con tanto cuidado como si su corazón rebosase de alegría.

Después que concluyó este terrible tocador, mandó a Annouschka cerrar la puerta del cuarto, porque quería ver otra vez a Foedor, y dar el último adiós al cuerpo del que había sido su amante. Obedeció Annouschka, y Vaninka, con la cabeza llena de flores y el pecho cargado de perlas y piedras, pero con el corazón más frío y más helado que una estatua, se adelantó con paso de fantasma hacia la pieza inmediata. Cuando llegó delante del cofre, Annouschka levantó la tapa: entonces Vaninka, sin derramar una lágrima y sin exhalar un suspiro, pero con la tranquilidad profunda e inanimada que da la desesperación, inclinó la cabeza hacia Foedor, tomó una sortija que tenía en el dedo, la colocó en el suyo en medio de dos anillos magníficos, y después, besándole la frente:

—Adiós, querido mío, le dijo.

En estos momentos sintió los pasos de alguno que se aproximaba. Eran los de un ayuda de cámara que venía de parte del general a saber si su hija estaba dispuesta. Annouschka dejó caer la tapa del cofre, y Vaninka fue a abrir por sí misma, siguió al mensajero que iba delante alumbrándola, mientras que dejaba a su confidenta y hermana de leche el cuidado de cumplir el fúnebre y terrible cuidado de que esta se había encargado. Un instante después, Annouschka vio salir por la puerta grande de la casa el coche que llevaba al general y a su hija.

Dejó pasar una media hora, y bajó después a buscar a Ivan, a quien halló bebiendo con Gregorio, al cual el general había cumplido la palabra, y había recibido aquel mismo día los mil rublos y la libertad. Felizmente, solo estaban los convidados al principio de la fiesta: Ivan tenía, por consiguiente, la cabeza bastante libre para que su hermana no pudiese dudar en confiarle su secreto.

Ivan siguió a Annouschka al cuarto de su ama, donde le dio en memoria todo cuanto Vaninka, altanera, aunque generosa,

había permitido a su hermana hacer por él. Las pocas bocanadas de aguardiente que había bebido Ivan, le dispusieron al reconocimiento. La borrachera de los rusos es esencialmente tierna: Ivan protestó de su adhesión en términos tan amplios y tan completos, que Annouschka no dudó ya, y levantando la tapa del cofre, le enseñó el cadáver de Foedor.

Ivan quedó un momento inmoble a esta terrible aparición; pero muy pronto calculó todo el bien y todo el dinero que podía valerle la confianza de semejante secreto. En consecuencia hizo los más solemnes y los más sagrados juramentos de no vender a su ama, y según Annouschka esperaba, ofreció prestarse a hacer desaparecer el cadáver del edecán.

La cosa fue fácil: Ivan, en vez de volver a reunirse a Gregorio y a sus camaradas para continuar bebiendo, fue a preparar un trineo, le cargó de paja, ocultó en el fondo una barra de hierro, y le llevó a la puerta de la casa; después de haberse asegurado de que nadie le espiaba, cogió en sus brazos el cuerpo del difunto, le ocultó en la paja, se sentó encima, hizo abrir la puerta del palacio, siguió la perspectiva de Niwsky hasta la iglesia de Znamenie, atravesó por medio de las tiendas del barrio de Rejestwenskoi, llevó su trineo hasta el Newa, se paró en medio del río helado, frente a la desierta iglesia de Santa Magdalena, donde protegido por la soledad y por las sombras de la noche, y oculto detrás de la sombría masa de su trineo, empezó a cavar con su barra el hielo, que tenía diez y ocho pulgadas de grueso, y después de haber practicado un agujero bastante capaz, y de registrar a Foedor tomando el dinero que encontró, le echó de cabeza por la abertura, y volvió a tomar el camino del palacio, al mismo tiempo que la corriente del Newa se llevaba el cadáver hacia el golfo de Finlandia.

Una hora después, el frío había formado ya una nueva capa de hielo, no quedando vestigio de la abertura.

A media noche volvió Vaninka con su padre. Una fiebre interior la había devorado este tiempo, de suerte que nunca pareció más hermosa, hasta el punto de haber recibido todos los

homenajes de los más nobles y de los más galantes señores de la corte.

Al entrar encontró en el vestíbulo a Annouschka, que la esperaba para tomar su pelliza; al dársela, Vaninka la interrogó con una de aquellas miradas que tantas cosas encierran.

—Todo está concluido, dijo la doncella a media voz.

Vaninka respiró, como si hubiesen quitado una montaña de encima de su pecho.

Por más poderío que tuviese esta sobre sí misma, no pudo soportar por más tiempo la presencia de su padre, y se excusó, con el cansancio de la noche, de no poderse quedar a cenar en su compañía.

Vaninka se retiró a su cuarto, y al llegar a él, después de cerrar la puerta, arrancó las flores de la cabeza, los collares de su cuello, hizo cortar con unas tijeras el cordón del corsé que la ahogaba, y arrojándose en seguida sobre la cama, pudo al fin llorar y desesperarse a su gusto. Annouschka dio gracias a Dios por esta explosión, porque la tranquilidad de su alma la asustaba más que su desesperación.

Pasada esta primera crisis, Vaninka pudo hacer oración. Pasó una hora arrodillada, y después, a instancias de su fiel doncella, se acostó. Annouschka se sentó a los pies de la cama; pero ni una ni otra pudieron dormir; sin embargo, cuando amaneció las lágrimas que Vaninka había derramado, a lo menos, la sirvieron de consuelo.

La doncella quedó encargada de recompensar a su hermano: una suma de consideración dada de una vez a un barbudo hubiera llamado la atención. Por esta consideración Annouschka se contentó con decir a Ivan, que cuando tuviese necesidad de dinero no tenía más que pedírselo.

Gregorio, aprovechándose de su libertad y queriendo hacer valer sus mil rublos, compró de la otra parte del canal de la ciudad una pequeña taberna, donde gracias a su habilidad y a los conocimientos que tenía entre las personas de las princi-

pales casas de San Petersburgo, empezó a hacer excelentes negocios, y hasta el grado que en poco tiempo la Taberna Encarnada, este era el nombre y el color del establecimiento, tuvo gran reputación. Otro esclavo tuvo el encargo de ejercer sus funciones en casa del general, de modo que, exceptuando la ausencia de Foedor, todo volvió al orden acostumbrado en el palacio del conde de Tchermayloff.

Pasáronse dos meses de este modo, y sin que nadie hubiese concebido la menor sospecha sobre lo sucedido, cuando una mañana, antes de la hora regular del desayuno, el general llamó a su hija a su cuarto. Vaninka se sobresaltó de temor, porque desde aquella noche fatal todo era para ella un motivo de terror. No por eso dejó de obedecer a su padre, y llamando en su auxilio todas sus fuerzas, se dirigió al gabinete de aquel. El conde estaba solo; y Vaninka, al primer golpe de vista, conoció que nada tenía que temer de esta entrevista. El general la esperaba con aquella expresión paternal que era el carácter particular de su fisonomía, todas las veces que se hallaba, en presencia de su hija. En consecuencia, Vaninka se aproximó con su tranquilidad ordinaria, e inclinándose delante del general, le presentó su frente para que la besase.

Este le hizo señas para que se sentase, y al mismo tiempo le entregó una carta enteramente abierta. Admirada Vaninka, miró un momento a su padre y echó después la vista sobre la carta, la cual anunciaba la muerte del hombre con quien estaba comprometida su mano: acababa de ser muerto en un desafío.

El general observaba en el rostro de su hija el efecto de esta lectura; y a pesar del señorío que tenía Vaninka sobre sí misma, vinieron a asaltarla tantos sentimientos dolorosos, tantos punzantes remordimientos a la idea de haber quedado libre, que no pudo disimular enteramente la emoción que sentía. El general lo conoció, y atribuyó esto al amor que hacía tanto tiempo sospechaba en su hija en favor del joven edecán.

—Vamos, dijo sonriéndose, no hay mal que por bien no venga.

—¿Qué quiere vd. decir con eso, padre mío? preguntó Vaninka.

—Sin duda, continuó el general, ¿Foedor no se ha marchado porque te amaba?

—Sí señor, dijo en voz baja la joven.

—¡Y bien! ahora puede volver, dijo el general.

Vaninka quedó muda, con los ojos fijos y los labios trémulos.

—¿Volver…? dijo ella al cabo de poco rato.

—Sin duda; ¡volver! o hemos de ser muy desgraciados, o por fuerza ha de haber alguno en la casa que sepa su paradero… Infórmate, Vaninka: dime el lugar de su destierro, lo demás corre por mi cuenta.

—Nadie sabe dónde está Foedor, dijo Vaninka con voz sorda; nadie sino Dios… nadie.

—¡Cómo! exclamó el general, ¿no ha dado cuenta de su persona desde el día que ha desaparecido?

Vaninka meneó la cabeza en señal de negativa: tenía el corazón tan horriblemente oprimido, que ya no podía hablar.

El general quedó triste a su vez.

—¿Temerías acaso alguna desgracia? dijo a Vaninka.

—Lo que creo es que para mí ya no hay felicidad en la tierra, repuso esta sucumbiendo a la fuerza de su dolor: en seguida:

—Permítame vd. que me retire, padre mío, continuó ella; me avergüenzo de lo que acabo de decir.

El general que solo vio en la exclamación de su hija el sentimiento de haber dejado escapar la confesión de su amor, la besó en la frente y la permitió que se retirase, con la esperan-

za de que a pesar de la tristeza con que Vaninka había hablado de Foedor, le sería posible encontrarle.

Efectivamente, aquel mismo día fue a ver al emperador, le dio parte del amor que Foedor tenía a su hija, y lo suplicó que puesto que la muerte le había libertado de su primer compromiso, le permitiese disponer de su mano en su favor. Habiendo consentido el emperador, el general solicitó una nueva gracia. Pablo estaba en aquellos días de buen humor, y se manifestó dispuesto a concedérsela: el general le dijo que hacía dos meses que Foedor había desaparecido, que todo el mundo, aun su hija, ignoraba su paradero, y le suplicó que se dignase mandar hacer las diligencias necesarias para encontrarle. El emperador mandó llamar al instante al superintendente de policía, a quien dio las órdenes convenientes.

Seis semanas pasaron sin obtener ningún resultado. Vaninka estaba más triste y pensativa que nunca desde el día de la carta: inútilmente quiso el general hacerla concebir alguna esperanza. Vaninka meneaba entonces la cabeza y se retiraba. El general dejó de hablar de Foedor.

No sucedió lo mismo en la casa: los criados amaban al joven edecán; y excepto Gregorio, no había uno solo que le desease el menor mal; así es que desde que se supo que el general no le había dado misión ninguna, sino que había desaparecido, esta desaparición era el objeto constante de todas las conversaciones en la antesala, en la cocina y en la caballeriza. Había aún otro sitio, donde se ocupaban mucho de él: este era la Taberna Encarnada.

Gregorio había vuelto a sus sospechas desde el día que supo esta marcha misteriosa: estaba seguro de haber visto a Foedor entrar en el cuarto de Vaninka, y a no ser que hubiese salido mientras fue a buscar al general, no podía comprender cómo este no le hubiese hallado en el cuarto de su hija. Otra idea le preocupaba también, la cual le parecía tener acaso alguna coincidencia con este acontecimiento: esta era los gastos de Ivan desde aquella época, gastos bien extraordinarios

en un esclavo: pero este esclavo era hermano de la querida hermana de leche de Vaninka: de modo que, sin estar todavía seguro, sospechaba Gregorio el origen de este dinero. Otra cosa le confirmaba aún en sus sospechas; y es que Ivan, el cual había permanecido no solo su más fiel amigo, sino uno de sus mejores parroquianos, no hablase jamás de Foedor, y que callase cuando se hablaba de él en su presencia; y que si se le preguntaba, solo respondía a las preguntas, por más exigentes que fuesen, con esta expresión lacónica: «Hablemos de otra cosa.»

En esto llegó el día de Reyes, fiesta solemne para los rusos, porque es también el día de la bendición de las aguas. Como Vaninka había asistido a la ceremonia, y como se hallaba cansada por haber estado de pie sobre el Newa durante dos horas, el general despidió a Ivan, el cual aprovechó este permiso para ir a la Taberna Encarnada. En casa de Gregorio había mucha gente, de modo que Ivan fue muy bien recibido por toda la honrada compañía, porque sabían que ordinariamente llegaba con los bolsillos llenos: esta vez no faltó a sus hábitos, y apenas llegó hizo sonar los sorok kopecks con grande envidia de los asistentes. A este ruido significativo, acudió Gregorio con una botella de aguardiente en cada mano, y con tanta mayor prisa, cuanto que sabía bien que cuando tocaba a Ivan ser el anfitrión, tenía él doble ganancia como proveedor y como convidado: Ivan no dejó fallida esta doble esperanza, y Gregorio fue convidado a tomar parte en el consumo. La conversación recayó sobre la esclavitud, y algunos de estos desgraciados, que apenas tenían cuatro días al año para descansar de sus eternas fatigas, ensalzaron la dicha que gozaba Gregorio, desde el día que había conseguido la libertad.

—¡Vaya! dijo Ivan, en el cual el aguardiente empezaba a producir su efecto, hay esclavos que son más libres que sus amos.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó Gregorio echándole otra copa de aguardiente.

—Quise decir más dichosos; repuso vivamente Ivan.

—Eso es difícil de probar, continuó Gregorio con tono de duda.

—¿Por qué razón? Nuestros amos… apenas han nacido, cuando les ponen en poder de dos o tres pedantes, uno francés, otro alemán, otro inglés; que los quiera o no, deben permanecer en su compañía hasta la edad de diez y siete años, y de grado o por fuerza tiene que aprender tres lenguas bárbaras a expensas de nuestro hermoso ruso, que casi ha olvidado completamente al saber las otras. Entonces, si quiere ser algo, necesita entrar de soldado: si es alférez, es esclavo del teniente; si es teniente lo es del capitán; si capitán del mayor; y así progresivamente hasta el emperador, que no es esclavo de nadie; pero a quien en cambio, el mejor día le sorprenden en la mesa, en el paseo o en su cama, le envenenan, le cosen a puñaladas o le ahogan. Si sigue la carrera civil, esto es otra cosa; ya se casa con una mujer a quien no ama, ya tiene hijos sin saber de dónde le han venido, y de los cuales tiene que cuidar, o ya está en lucha eterna, a la cual necesita entregarse, si es pobre, para mantener su familia, y si es rico, para no ser robado por un intendente, o para que sus arrendadores no le engañen. ¿Esto es vivir? Mientras que nosotros, por vida de tal, nacemos, y este es el único dolor que causamos a nuestra madre: lo demás toca al amo. Este es quien nos mantiene, quien elige nuestro estado, estado fácil de tomar, a menos de no ser enteramente bruto. Si caemos enfermos, su médico nos cura de balde, porque de perdernos sería para él una gran pérdida. Si estamos buenos, tenemos seguras cuatro comidas al día y una buena estufa sobre la cual nos acostamos de noche. Si nos enamoramos, no hay nunca el menor impedimento a nuestra boda, sino en el caso de no ser amados por la elegida; si al contrario, esta nos ama, el mismo amo nos invita a este casamiento, porque su interés está en que tengamos el mayor número posible de hijos. Cuando vienen estos hijos, se hace con ellos lo que se ha hecho con nosotros. Decidme si hay muchos grandes señores tan felices como sus esclavos.

—Sí, sí, dijo Gregorio, echándole otra copa de aguardiente; pero a pesar de eso, tú no eres libre.

—¿Libre, de qué? preguntó Ivan.

—Libre de ir donde quieras y cuando quieras.

—¿Yo? soy libre como el viento, respondió Ivan.

—Fanfarrón, repuso Gregorio.

—Libre como el viento, te he dicho, porque tengo buenos amos, y sobre todo, una ama excelente, continuó Ivan con una extraña sonrisa: no tengo más que pedir, ya está hecho.

—¿Cómo? en seguida de haberte emborrachado hoy en mi casa, pedirás permiso para venir a hacer otro tanto mañana, replicó Gregorio, el cual, al mismo tiempo que desafiaba a Ivan, no olvidaba sus intereses; si fueras capaz de pedir semejante cosa…

—Ya verás como vengo, dijo Ivan.

—¿Volverás mañana? continuó Gregorio.

—Mañana, pasado, todos los días si se me antojase.

—Lo cierto es, que Ivan es el protegido de la señorita, dijo otro esclavo del conde que estaba allí, el cual aprovechaba la liberalidad de su camarada Ivan.

—Es igual, dijo Gregorio, suponiendo que te concediesen semejantes licencias, el dinero se acabaría muy pronto.

—¡Nunca! repuso Ivan, echándose en la boca otra copa de aguardiente.[1]

—Pues yo no la he encontrado tan liberal, dijo Gregorio con amargura.

—¡Oh! te olvidas, amigo mío; bien sabes que no escatima con sus amigos: acuérdate de los golpes del *knout*.

—No quiero hablar de eso, dijo Gregorio. Ya sé que es pródiga en golpes; pero su dinero es otra cosa: yo nunca le he visto el color.

—Pues bien, ¿quieres ver el color del mío? dijo Ivan, cada vez más borracho. Mira, aquí hay kopecks, sorok-kopecks, billetes azules de cinco rublos, billetes encarnados de veinticinco rublos; y mañana, si quieres, te enseñaré billetes blancos de cincuenta rublos. ¡A la salud de mi señora Vaninka!

E Ivan volvió a alargar la copa, y Gregorio se la llenó hasta el borde.

—Pero el dinero, dijo Gregorio, apretando cada vez más a Ivan, ¿compensa el desprecio?

—¡El desprecio! dijo Ivan; ¡el desprecio! ¿Quién me desprecia? ¿Tú, porque eres libre? ¡Bonita libertad! Más quiero ser esclavo bien mantenido que hombre libre muerto de hambre.

—Hablo del desprecio de nuestros amos, replicó Gregorio.

—¡El desprecio de nuestros amos! Pregunta a Alexis, pregunta a Daniel, que están aquí, si mi señora me desprecia.

—Lo cierto es, respondieron los dos esclavos, que eran ambos de la casa del general, que Ivan debe de tener algún hechizo, porque todo el mundo le habla como a un amo.

—Porque es hermano de Annouschka, dijo Gregorio, y Annouschka es hermana de leche de la señorita.

—Puede ser, dijeron los dos esclavos.

—Por eso o por otra cosa, dijo Ivan; pero, en fin, ello es así.

—Sí; pero ¿y si tu hermana muriese? dijo Gregorio.

—¡Ah! si mi hermana muriese, sería una lástima, porque es una buena muchacha. ¡Bebo a su salud! Pero si muriese, no por eso cambiaría nada: me respetan por mí mismo; me respetan porque me temen.

—¡Temer al señor Ivan! dijo Gregorio soltando una carcajada. De modo que si el señor Ivan se cansara de recibir órdenes y las diese a su vez, el señor Ivan sería obedecido.

—Puede ser, dijo Ivan.

—Ha dicho «puede ser», repitió Gregorio riendo más fuerte que nunca; ha dicho «puede ser». ¿Lo habéis oído?

—Sí, dijeron los esclavos, que habían bebido tanto, que solo podían responder por monosílabos.

—¡Y bien! no diré, puede ser: ahora digo que será.

—¡Ah! me alegraría verlo, dijo Gregorio; daría cualquiera cosa por verlo.

—¡Y bien! echa fuera toda esa gente que está bebiendo y emborrachándose como guarros, y tú lo verás sin que te cueste nada.

—¡Sin que me cueste nada! dijo Gregorio, tú te chanceas: ¿crees acaso que yo les doy de beber de balde?

—¡Y bien! veamos: ¿cuánto pueden beber de este atroz aguardiente, desde ahora hasta la media noche, que tienes que cerrar la taberna?

—Por valor de veinte rublos poco más o menos.

—He aquí treinta: despídelos y quedemos solos.

—Amigos míos, dijo Gregorio sacando el reloj, van a dar las doce de la noche; ya sabéis la orden del gobernador, así retiraos.

Los rusos, habituados a una obediencia pasiva, se retiraron sin replicar, y Gregorio se quedó solo con Ivan, y con los otros dos esclavos del general.

—¡Y bien! ya estamos solos, dijo Gregorio: ¿qué piensas hacer?

—¿Y qué diréis, si a pesar de la hora tan avanzada, del frío, y a pesar de ser nosotros unos esclavos, saliese la señorita de casa de su padre, y viniese a brindar a nuestra salud?

—Por mi parte, digo, que debías aprovechar esta circunstancia, respondió Gregorio, encogiéndose de hombros, para

encargarla que trajera consigo una botella de aguardiente, porque probablemente el del general será mejor que el mío.

—El del general es mejor, dijo Ivan con mucha seguridad, y la señorita traerá una botella.

—¿Estás loco? dijo Gregorio.

—Está loco, repitieron maquinalmente los otros dos esclavos.

—¡Ah! ¡Con que estoy loco! dijo Ivan. ¡Y bien! ¿Quieres apostar alguna cosa?

—¿Qué quieres apostar?

—Una asignación de doscientos rublos, contra el derecho de beber un año en tu casa a discreción.

—Está hecho, dijo Gregorio.

—¿Los camaradas entran en cuenta? preguntaron los dos mogikes.

—Entran en cuenta, dijo Ivan, y en consideración a esto, reduciremos el término a seis meses, ¿te conviene?

—Me conviene, dijo Gregorio.

En esto se dieron mutuamente la mano, y la cosa quedó concertada. Después con una confianza tal que llenó de confusión a los testigos de esta singular escena, Ivan tomó su caftán de pieles que había dejado por precaución sobre la estufa, se embozó con él y marchó.

Al cabo de media hora estaba ya de vuelta.

—¡Y bien! exclamaron juntos Gregorio y los otros dos esclavos.

—Detrás de mí viene, dijo Ivan.

Los tres bebedores se quedaron confundidos; pero Ivan volvió a tomar tranquilamente su puesto en medio de ellos, echó de beber, y levantando la copa:

—A la salud de la señorita, dijo: no es poco que seamos deudores a su amabilidad que venga a buscarnos en una noche tan fría, y con la nieve que está cayendo a copos.

—Annouschka, dijo una voz que venía de fuera, llama a esta puerta, y pregunta a Gregorio si hay en su casa alguno de nuestros criados.

Gregorio y los dos criados se miraron confundidos, reconociendo la voz de Vaninka: en cuanto a Ivan, se recostó sobre su silla pavoneándose con una impertinencia milagrosa.

Annouschka abrió la puerta, y entonces pudo verse la nieve que caía, según Ivan había anunciado.

—Sí señora, dijo la doncella; mi hermano, Daniel y Alexis, están allí. Vaninka entró.

—Amigos míos, dijo con una sonrisa extraña, me han dicho que estáis bebiendo a mi salud, y vengo a pagaros vuestro brindis: he aquí una botella de aguardiente rancio de Francia, que en vuestro nombre he tomado de la bodega de mi padre. Alargad vuestras copas.

Gregorio y los dos esclavos obedecieron con la duda y la lentitud de la admiración, al mismo tiempo que Ivan adelantó su copa con extraordinaria desvergüenza. Vaninka llenó las copas de todos, y como dudaban llevársela a la boca:

—Vamos, a mi salud, amigos míos, dijo.

—¡Viva! exclamaron los bebedores, animados con la dulzura y la afabilidad de la noble visita: y de un golpe dejaron las copas vacías. Vaninka les echó otra en seguida, y poniendo después la botella sobre la mesa.

—Bebed toda la botella, amigos míos, dijo, y no tengáis cuidado por mí: con permiso del dueño de la casa, Annouschka y yo aguardaremos junto a la estufa que pase la tempestad.

Gregorio quiso levantarse para arrimar los bancos; pero fuera que estuviese ya enteramente borracho, o ya que el narcótico empezase a hacer su efecto, volvió a caer sobre su

asiento, ensayando, aunque inútilmente, balbucear una excusa.

—Estamos bien, estamos bien, dijo Vaninka; que nadie se incomode; bebed, amigos míos, bebed.

Los convidados aprovecharon la invitación, y cada uno bebió el contenido de la copa que tenía delante; apenas Gregorio acabó de beber la suya, cuando cayó sobre la mesa.

—Bien, dijo Vaninka a media voz a su doncella: parece que el opio produce efecto.

—Pero ¿cuál es vuestra intención? preguntó Annouschka.

—Ahora lo verás.

Los dos mogikes no tardaron en seguir el ejemplo del dueño de la casa, y en caer sucesivamente uno al lado del otro. Ivan quedó al último luchando con el sueño, y ensayando una canción báquica; pero su lengua no pudo proseguir; sus ojos se cerraron a pesar suyo; y tratando de seguir su canción que se le escapaba, y balbuceando palabras que no podía pronunciar, cayó sin conocimiento junto a sus camaradas.

Vaninka se levantó inmediatamente y echó sobre estos hombres una mirada furiosa: después, no fiándose en sus ojos, llamó a todos por su nombre; pero ninguno respondió. Entonces dio una palmada de alegría. He aquí el momento, dijo, y yendo al fondo del cuarto, tomó un montón de paja y lo puso en un rincón de la pieza, ejecutando la misma operación en los tres ángulos restantes: en seguida tomó una rama de pino que encendió en la estufa, y la aplicó sucesivamente a los cuatro rincones de la choza.

—¿Qué es lo que vd. hace? exclamó Annouschka, aterrorizada y procurando contenerla.

—Voy a sepultar nuestro secreto en la ceniza, respondió Vaninka.

—¡Y mi hermano! ¡mi pobre hermano! exclamó la doncella.

—Tu hermano es un infame que nos ha vendido, y nos perdería si no lo perdiésemos a él.

—¡Ah hermano mío! ¡pobre hermano mío!

—Puedes morir con él, dijo Vaninka acompañando esta proposición con una sonrisa que demostraba no la disgustaría que Annouschka llevase a tal grado su amor fraternal.

—Señorita, ¡he ahí el fuego! ¡el fuego!

—Salgamos, continuó Vaninka: y llevándose a Annouschka que estaba muy desconsolada, cerró la puerta y arrojó lejos la llave entre la nieve.

—En nombre del cielo, vámonos pronto a casa, exclamó Annouschka: ¡oh! yo no puedo ver este horroroso espectáculo.

—Al contrario, quedémonos aquí, dijo Vaninka conteniendo por el brazo a su doncella con una fuerza casi viril: esperemos hasta que la casa se desplome sobre ellos, y hasta estar ciertas de que nadie puede escapar.

—¡Oh Dios y Señor mío! prorrumpió Annouschka, poniéndose de rodillas: tened piedad de mi pobre hermano: la muerte va a conducirle a vuestra presencia antes de que tenga tiempo de prepararse.

—Sí, sí, reza: haces bien, dijo Vaninka, porque lo que yo quiero perder son sus cuerpos, y no sus almas. Reza, te doy permiso para ello.

Vaninka permaneció de pie con los brazos cruzados, al mismo tiempo que las llamas echaban sobre ella un resplandor, y mientras que la doncella rezaba.

El incendio no duró mucho, porque la casa era de madera calafateada con estopa como todas las de los paisanos rusos, de modo que las llamas aparecieron por los cuatro ángulos, salieron bien pronto fuera, y como soplaba el viento, llegaron a formar en un instante una inmensa hoguera. Vaninka seguía con ojos inquietos los progresos del incendio, temiendo a cada instante ver salir de entre las llamas algún espectro, me-

dio quemado. En fin, se hundió el techo; y Vaninka, libre de temor, tomó entonces el camino de palacio, donde, gracias a la libertad que tenía Annouschka de salir a cualquiera hora del día y de la noche, entraron las dos mujeres sin que nadie las apercibiese.

A la mañana siguiente se hablaba ya en todo San Petersburgo del incendio de la Taberna Encarnada. Sacaron de los escombros cuatro cadáveres a medio consumir; y como tres de los esclavos del general no habían vuelto a la casa, no dudó este que los cadáveres desconocidos fuesen los de Ivan, Daniel y Alexis; en cuanto al cuarto, parecía evidente que era el de Gregorio.

Las causas del incendio fueron siempre un secreto para todos: la casa estaba aislada, y el viento tan recio, que nadie había encontrado en el camino a las dos mujeres. Vaninka tenía la mayor confianza en su doncella, de modo que su secreto quedaba sepultado con Ivan.

Pero ya el remordimiento vino a sustituir al temor: y la joven tan inflexible en presencia de este acontecimiento, se halló sin fuerzas para soportar su recuerdo: pareciéndole que confiaba su crimen a un eclesiástico, hallaría algún consuelo a este peso: fue pues, a buscar a un sacerdote conocido por su mucha caridad, a quien contó, bajo confesión todo cuanto había sucedido.

El sacerdote quedó espantado con semejante relación: la Misericordia Divina no tiene límites; pero no sucede así con la remisión humana. El eclesiástico rehusó a Vaninka la absolución que solicitaba.

Esta negativa era terrible, y alejaba a Vaninka de la santa mesa: esta circunstancia no dejaría de ser notada, y no podía menos de atribuirse a una falta inaudita o a algún crimen desconocido.

Vaninka se echó a los pies del sacerdote y le suplicó en nombre de su padre, sobre el cual iba a recaer el deshonor,

que endulzase algún tanto el rigor de esta sentencia.

El eclesiástico reflexionó profundamente, y al cabo creyó haber encontrado el medio de conciliarlo todo: este era, que Vaninka se aproximase a la santa mesa con las demás jóvenes, y que el sacerdote se detendría al llegar en frente de ella, según hacía con las demás; pero solamente para decirle: orad y llorad; de modo que engañados los asistentes con esta demostración, creería que ella había recibido el cuerpo de Jesucristo, como sus compañeras. Esto fue todo lo que Vaninka pudo conseguir.

Esta confesión se había verificado como a las siete de la tarde: la soledad de la iglesia, unida a la oscuridad de la noche, le había dado un carácter más triste aún. El eclesiástico volvió a su casa pálido y trémulo. Isabel, su mujer, le estaba esperando sola porque acababa de acostar en el cuarto inmediato a su tierna hija Arina, la cual tenía ocho años.

Cuando la mujer vio al marido hizo una exclamación; tan cambiado y deshecho le encontró. El sacerdote procuró sosegarla, pero su voz trémula no hizo más que aumentar su terror. Su mujer quiso saber de qué provenía su emoción: el marido rehusó complacerla. Isabel había sabido la víspera la enfermedad de su madre, y creyó que su marido había recibido alguna mala noticia: este día era lunes, el cual es nefando para los rusos: cuando Isabel salió de casa, encontró una persona de luto, y todas estas circunstancias eran bastantes presagios reunidos para que dejasen de anunciar una desgracia.

Isabel se echó a llorar diciendo:

—¡Mi madre ha muerto!

Inútilmente quiso tranquilizarla su marido, asegurándole que no era esa la causa de su turbación: la pobre mujer, preocupada con esta sola idea, no respondía a todas estas protestas, sino con la eterna exclamación: ¡Mi madre ha muerto! Entonces, para desechar esta especie de vértigo, la confesó su marido que su conmoción provenía de un crimen que acababa

de oír en el confesionario. Isabel meneó sin embargo la cabeza. —Este es un artificio, decía, para ocultar la desgracia que acaba de sucederme. La crisis en vez de calmarse, llegó a ser más violenta; el llanto cesó y empezaron las convulsiones: al ver esto el eclesiástico, la hizo jurar que guardaría el secreto, y el misterio sagrado de la confesión fue descubierto.

La tierna Arina se despertó a los primeros lamentos de Isabel, e inquieta y curiosa a un mismo tiempo, de lo que sucedía entre sus padres, se levantó y vino a escuchar a la puerta, desde donde lo oyó todo.

Llegó el día de la comunión: la iglesia de San Simón se hallaba llena de fieles. Vaninka acaba de arrodillarse delante de la balaustrada del coro: su padre y los ayudantes detrás, y los criados los últimos.

Arina estaba también en la iglesia con su madre: esta niña curiosa quiere ver a Vaninka, cuyo nombre ha oído pronunciar en la terrible noche en que su padre faltó al primero y al más santo de los deberes de un sacerdote. Mientras que su madre estaba rezando, la niña dejó su silla, y se introduce entre los fieles hasta llegar casi a la balaustrada, donde la detuvieron los criados del general. Pero Arina no había venido tan lejos, para conformarse con quedar en el camino: trata de pasar por medio de ellos; dos criados se oponen; ella persiste, y uno la empujó brutalmente, de modo que al caer fue a dar con la cabeza en un banco; en seguida se levantó llena de sangre y gritando:

—Para ser un barbudo, eres muy orgulloso: ¿será acaso, porque perteneces a la gran señora que ha quemado la Taberna Encarnada?

Estas palabras pronunciadas en alta voz y en medio del profundo silencio que presidía a la santa ceremonia, fueron oídas por todo el mundo: un grito fue la respuesta: Vaninka acababa de desmayarse.

A la mañana siguiente el general se echó a los pies de Pablo I, y le contó como a su emperador y su juez, esta larga y terrible historia que Vaninka abrumada con la dura lucha que había sostenido, le había en fin revelado la noche siguiente a la escena de la iglesia.

Después de haber oído esta relación extraña, el emperador se quedó un momento pensativo: luego levantándose del sillón en que estuvo sentado todo el tiempo que duró la narración del desventurado padre, se dirigió a una mesa, y escribió sobre un papel suelto la decisión siguiente:

«Habiendo el eclesiástico violado lo que debe ser inviolable, es decir, el secreto de la confesión, desterrado a la Siberia y destituido de las funciones del sacerdocio. La mujer le acompañará; es culpable por no haber respetado el carácter de un ministro del altar. La niña no abandonará a sus padres.

»Annouschka, la doncella, irá igualmente a Siberia por no haber dado parte a su amo de la conducta de su hija.

»El general conserva todo mi aprecio: le compadezco y siento con él el golpe mortal que acaba de recibir.

»En cuanto a Vaninka, no conozco ninguna clase de pena que le pueda ser aplicada: solo veo en ella la hija de un valiente militar, cuya vida ha estado siempre consagrada al servicio de su patria. Además, lo que hay de extraordinario en el descubrimiento del crimen, coloca, al parecer, a la culpable fuera de los límites de mi severidad: a ella es a quien encargo su propio castigo. Si es que ha comprendido bien este carácter, y si le quedan algunos sentimientos de dignidad, su corazón y sus remordimientos le trazarán el camino que debe seguir.»

Pablo I, entregó al general este papel abierto, mandándole lo entregase al conde de Pahleu, gobernador de San Petersburgo. A la mañana siguiente las órdenes del emperador estaban ya ejecutadas. Vaninka entró en un convento donde murió de sentimiento y de vergüenza hacia el fin del mismo año.

El general perdió la vida en Austerlitz.

FIN

---

1. N. del E.: En el ejemplar escaneado falta el final de esta página. El pasaje que sigue, hasta «…que habían bebido tanto», se ha traducido para esta edición a partir de la versión inglesa del Proyecto Gutenberg (n.º 2757).

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web